

ÀGER

Villa de Àger

LA PINTORESCA POBLACIÓN DE ÀGER se encuentra en el corazón del valle homónimo, a los pies de la sierra del Montsec. Desde Balaguer se llega por la carretera C-12, tras recorrer poco más de 10 km.

Los orígenes del asentamiento podrían ser íberos, ya que se han encontrado varias monedas ilergetas. Sin duda alguna el territorio fue romanizado aunque no se sabe a ciencia cierta si el topónimo Àger es de origen latino o musulmán, ya que fueron estos últimos quienes ocuparon el área durante algunos siglos y probablemente iniciaron la construcción de la primitiva fortaleza en lo alto de un promontorio. Tras la conquista por los cristianos, el núcleo urbano se desarrolló, por un lado, alrededor del nuevo castillo y de la iglesia de Sant Pere, zona privilegiada que fue amurallada y desde la cual se dominaba el pueblo, y por otro en torno a la nueva iglesia de Sant Vicenç, que fue levantada en la zona baja de la ciudad, y que poco a poco fue igualmente rodeándose de un muro protector. Bajo el mando de Arnau Mir de Tost y sus descendientes, los vizcondes de Àger, se convirtió en el centro político y religioso de todo el valle.

La ciudad nunca fue excesivamente grande y, seguramente, su población no llegó a sobrepasar los mil habitantes, muchos de los cuales se sabe que eran musulmanes, lo que demuestra una continuidad de dicha población en la villa tras la conquista cristiana. Su economía se basaba esencialmente en la agricultura y la ganadería, mientras que el incipiente sector comercial dependía básicamente de las ferias y del centro religioso en que se estaba convirtiendo Àger. Poco a poco fue consolidándose y organizándose en comunidad tal y como se refleja en actas de consagración y testamentarias de principios del siglo XI, hasta que tomó, ya a finales de la centuria, cierta notoriedad jurídica documentada, por ejemplo, en la carta de franqueza concedida por el vizconde a los hombres de Àger, en la que les eximía de pagar determinados impuestos. El siguiente paso fue la creación de un régimen municipal ya en el siglo XIII.

La fisonomía de Àger era la de una pequeña ciudad amurallada que creció a los pies del castillo y la canónica de Sant Pere. El recinto amurallado que circundaba ambos edificios constituye el núcleo primitivo de Àger, y es anterior a la muralla que rodea el resto de la villa. A falta de estudios arqueológicos profundos, la datación de su construcción es complicada y no se sabe a ciencia cierta si su origen es tardorromano –como indican Puig y Cadafalch, Pitá Mercé o Serrate Forga–, o andalusí, tal y como creen Aragües, Giralt o Scales. Por las similitudes con ciudades como Balaguer o Huesca, parece ser que la segunda es la hipótesis más factible. Se han llegado a diferenciar tres grandes fases constructivas, un primer momento en el que los muros debieron ser levantados por los musulmanes durante el siglo IX, una segunda etapa sarracena en el siglo X y una tercera fase constructiva que correspondería a la obra del siglo XI de Arnau Mir de Tost. El recinto tiene una forma ovalada de unos 70 m de largo, de Este a Oeste, y unos 50 m de ancho. Acogió, además del castillo y la iglesia de Sant Pere, el palacio y las casas de los *milites*, los nobles y caballeros, hoy en día desaparecidas. Posiblemente, la parte más antigua de la muralla es la de los sectores norte y noroeste, que está construida sobre la roca en la que se levantaron tres torres de planta rectangular utilizando sillares muy grandes, de unos 40 cm por 80 cm. La del centro es una media torre integrada en la muralla que solo sobresale por el lado oeste algo más de 2 m, tiene una anchura de 5 m y su altura actual es de 6 m. Los especialistas creen que el recinto pudo estar conectado con una torre que estaba a unos 100 m al noroeste, fuera del recinto, pero los restos conservados impiden concretarlo.

El resto de la ciudad, la zona baja situada alrededor de la iglesia de Sant Vicenç, y citada en algún documento como *in suburbanis vel vici prefati castris Agerensis*, se fue llenando poco a poco de casas, huertos y corrales, muchos de los cuales han pervivido hasta hoy. Este impulso constructivo se dio sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XI, cuando Arnau Mir de Tost estableció el castillo de Àger

como su residencia permanente. En ese mismo momento, se debieron de levantar las nuevas murallas, que son documentadas por primera vez en 1100, en la venta de unas casas y unas tierras realizada por un tal Benet y su mujer a Romà Julià y su esposa, en la que se dice que estaban *ad ipsa porta del Pedro*, un portal situado en el lado norte de la muralla que todavía existe hoy en día. La muralla que rodeaba la villa tenía un perímetro de casi 500 m, del que actualmente se conserva de manera parcial menos de la mitad. El recinto tenía una forma irregular que recordaba ligeramente a un rectángulo, y en sus numerosos vértices, y a lo largo de los muros existentes entre éstos, había torres y semitorres de planta rectangular que controlaban todos los muros y las diversas entradas a la población. Estas estructuras se conocían como portales y todavía se conservan algunos, como el del Solsdevilla, en el extremo sureste, formado por dos torreones entre los que había una gran entrada formada por un arco de medio punto, hoy en día desaparecido. Este tramo de muralla es uno de los mejor conservados, entre otras cosas porque fue levantado en una etapa algo más tardía, ya en pleno gótico.



Muralla sureste y portal de Solsdevilla

En su interior, la villa quedó dividida en diversos barrios escalonados, el de Sant Pere y el de Sant Martí en la zona este y el de Solsdevilla en el sur, que quedaban unidos por la plaza mayor, mientras que fuera de las murallas, en los lados norte y suroeste, estaban los arrabales de Sant Martí y del Pedró. El dibujo medieval de la red de calles se ha mantenido prácticamente inalterado hasta la actualidad. Estas son pequeñas y estrechas vías que tienen forma concéntrica siguiendo el perfil de las murallas del castillo y están unidas entre ellas con otras pequeñas e intrincadas calles radiales que van a parar a la plaza mayor, que separaba las calles de la zona alta cercana al recinto del castillo del área de las calles de la zona más baja. Además existen numerosas referencias a cementerios preexistentes o de nueva creación, molinos y la fundación de hospitales que reflejan el gran crecimiento que tuvo la villa durante este siglo. Así, por ejemplo, en torno a la iglesia de Sant Nicolau, que estaba situada fuera del recinto amurallado, surgió un hospital con el mismo nombre y un cementerio adyacente gracias a la última voluntad de Arsenda, la esposa del conde.

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 107-111.

Castillo de Àger

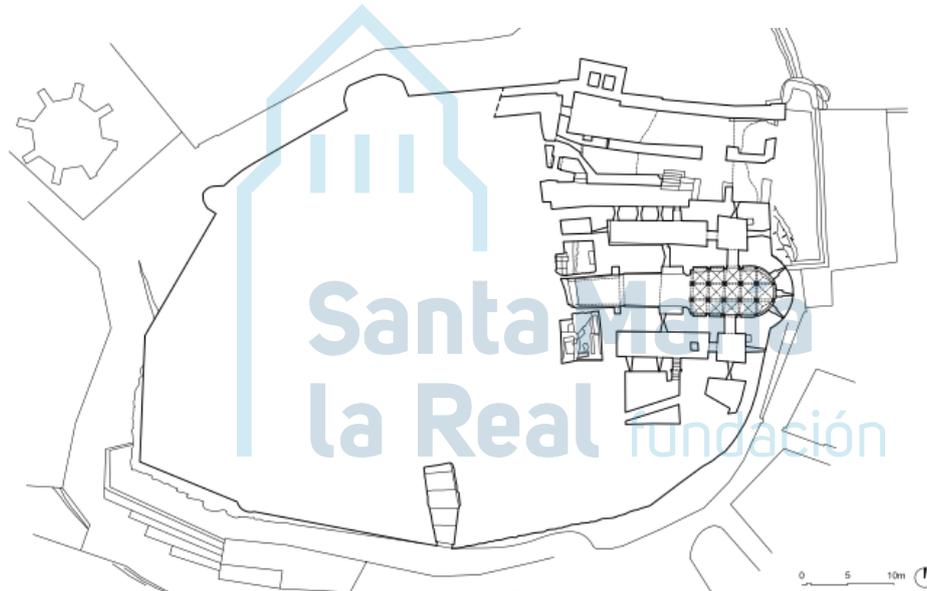
AL ABORDAR EL ESTUDIO de este monumento destacado del románico, debe tenerse en cuenta en primer lugar el carácter castrense del templo, ubicado, junto con las dependencias monásticas, en el recinto de un castillo que los estudios más recientes sitúan sus orígenes en la época de dominación islámica (siglos IX y X). Por tanto, nos hallamos ante los restos de un posible *hisn*, del cual perviven fragmentos de muralla en la cara norte y oeste sobre todo (FITÉ I LLEVOT, F. y MASVIDAL FERNÁNDEZ, C., 2015, pp. 205-223). Dicha muralla se caracteriza por utilizar un paramento de grandes sillares colocados a soga y tizón, con predominio de los tizones, como se ve en la cara oeste y se aprecia en otro monumento contemporáneo y cercano, la muralla norte del recinto de la Suda de Balaguer, datado en el siglo IX. Una muralla que posee además torres de flanqueo, de las que al menos subsiste una en bastante buen estado en la cara norte, que mide unos 5 m de ancho por 3,8 m de profundidad, con el interior macizo, en la parte conservada, de unos 5 m de altura. Si no se llevan a cabo más excavaciones, va a resultar difícil reconstruir el perímetro y disposición original del recinto de este *hisn*, del cual podemos reconstruir únicamente sus caras norte y oeste y, quizás, una parte de su cara sur, y cuyas dependencias se supone que se situaban en la zona noreste.

Cuando esta fortaleza islámica, que defendía el sector más septentrional de la Frontera Superior, fue conquistada en 1034 por el conde Ermengol II de Urgell, con la valiosa ayuda del noble Arnau Mir de Tost, su recinto se amplió hacia el lado sureste, tal como permiten advertir los restos de muralla medieval que subsisten. Cabe señalar que el lugar de asentamiento del conjunto castrense, ya bajo dominio cristiano, no era plano y que en el punto más elevado del promontorio, se erigió una gran torre de planta circular, de unos 19 m de diámetro, de la cual únicamente subsisten los cimientos y parte de uno de los muros (VILA I CARABASA, J. M., 2007, pp. 482-483). En esa etapa inicial de la castellología, podemos señalar que nos hallamos aún ante un modelo de castillo-residencia incipiente, comparable al de Llordà (Pallars Jussà) que promovió Arnau Mir de Tost, como el de Àger, en su papel de *custus* de la frontera cristiana en la zona limítrofe del Montsec, que en 1042 es citado como *agerense castrum*. Aunque siguen los estudios arqueológicos, podemos avanzar que el recinto alojó un barrio militar y el propiamente eclesiástico, que comprendía el templo objeto de nuestro estudio, además de un claustro y las dependencias monásticas para la vida regular de una comunidad de canónigos. Singularmente, el claustro se situaba a los pies del templo, a la manera de los antiguos atrios, tal como puede aún verse, aunque se trata de una fábrica gótica, pues del antiguo claustro románico no se conserva ningún vestigio, al haber sido sustituido por el gótico. Por documentación del siglo XIII, se desprende que lo conformaban dos alas contrapuestas, de forma parecida al claustro de Sant Sebastià dels Gorgs. Debe señalarse que esta ubicación, un tanto atípica, la hallamos igualmente en los claustros de Mur y Cardona, de los que tan sólo el primero, románico, se ha conservado. Alrededor del claustro se situaban las dependencias monásticas, aunque debe señalarse que también existieron en el lado sureste dependencias, junto a la cabecera de la iglesia, como lo demuestran las infraestructuras de muros excavadas recientemente. Adell propuso situar en esta zona las antiguas dependencias monásticas, cosa que resulta extraño, teniendo en cuenta que desde muy pronto se documenta el claustro. Es más convincente suponer que en dicha zona, externa a la clausura, se ubicó el palacio abacial y quizás alguna otra dependencia relativa a servicios de la comunidad. Lo excavado y analizado no nos ofrece, por ahora, datos suficientes para poderlo confirmar. En cuanto al barrio militar, además de la citada torre defensiva, aneja al claustro y a las dependencias monásticas, poseyó una gran torre residencial a la manera de los *donjons* franceses, que parece se ubicó en la parte más baja de la fortaleza, en donde hubo el antiguo asentamiento de la residencia islámica. De esta gran torre residencial, únicamente subsiste la planta baja, compuesta por dos naves separadas y paralelas, dotadas de bóvedas de cañón seguido y una única abertura de ventilación en

la parte superior. Dicha gran estructura, en parte destruida, se adosaba directamente a la muralla islámica, de la que no sobresalía; encima, se asentaba la planta noble, destruida en los bombardeos de la primera guerra carlista (1835). Podemos señalar, por tanto, que nos hallamos ante un ejemplo de torre residencial, de mediados del s. XI, parecida a la de Llordà, aunque de mayores dimensiones, con una planta baja destinada a servicios y caballerizas y una planta superior de recepción y ostentación del poder, que se convirtió en el núcleo del palacio de los vizcondes y luego residencia temporal de los condes de Urgell. Dicha torre alcanzaba los 6 m de ancho por unos 16 m de largo. Es interesante citar aquí el documento de 1061 que menciona un juicio presidido por Arnau Mir de Tost *intus in camera*, es decir, en la gran sala del palacio; y tener en cuenta que los edificios del barrio religioso, adyacentes a esta gran torre, se concibieron como complemento de la defensa de la fortaleza por la zona oriental, como comentaremos.

Finalmente, queda referirse al acceso al recinto que, actualmente, se sitúa en la cara sur, aunque en origen parece que se hallaba, según indicios arqueológicos, en la cara oeste. En dicha zona, adyacente al castillo, se hallaba el núcleo más antiguo de la población y, en su extremo occidental, una gran torre que habitaba el castellano. Debe precisarse que se trataba de un segundo recinto que integraba las residencias de la nobleza, separadas del conjunto de la villa que se esparcía por la ladera meridional, a la cual se dotó igualmente de murallas, como la documentación desde el siglo XI permite advertir, aunque antes del siglo XII no hallamos referencias explícitas sobre ella.

Planta



Detalle de la muralla del castillo

Bibliografía

ARAGUAS, P., 1979, p. 234; ARAGUAS, P., 1981; CASTELLS CATALANS, ELS, 1967-1979, VI, pp. 207-225; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 107-112; FITÈ I LLEVOT, F., 1985, pp. 319-375; FITÈ I LLEVOT, F., 1989A, pp. 211-212; FITÈ I LLEVOT, F., 1993, pp. 89-93; FITÈ I LLEVOT, F. Y GONZÁLEZ I MONTARDIT, E., 2010, pp. 103-147; FITÈ I LLEVOT, F. Y MASVIDAL FERNÁNDEZ, C., 2015, pp. 205-223; FONT I RIUS, J. M., 1969-1983, I, pp. 358-360; FONT I RIUS, J. M., 1985, pp. 113-124; MONREAL Y TEJADA, L. Y RIQUIER MORERA, M. DE, 1955-1965, III, pp. 162-165; PUIG I CADAFALCH, J., 1934, pp. 60-75; PUIG I CADAFALCH, J., FALGUERA, A. DE Y GODAY, J., 1909-1918, I, pp. 147-148; VILLANUEVA ASTENGO, J., 1803-1852 (2001), IX, AP. XVIII, pp. 263-265; VILA I CARABASA, 2007.

Colegiata de Sant Pere de Àger

DESPUÉS DE LA CONQUISTA, quizás hacia 1046, Arnau Mir de Tost, convertido en señor del nuevo territorio, fundó una canónica para organizar su vida religiosa, dentro del proceso de repoblación, como lo demuestra la carta franquicia concedida en 1049 al pueblo de la Regola, cercano a Àger. Para dicha fundación contó con el apoyo del abad-obispo Oliba que le facilitó dos canónigos de la catedral de Vic para poner en marcha la fundación, los cuales se convirtieron en los primeros abades de dicha canónica, aún regida según la regla aquisgranense; no fue hasta finales del siglo XI que adoptó la regla de San Agustín, manteniendo la vida regular sin cambios hasta el siglo XVI. Aunque hacia 1066 hubo el intento de reconvertir la fundación en priorato cluniacense, el rechazo del abad Hugo de Cluny, determinó su consolidación como canónica. Sin entrar en su historia, cabe señalar únicamente que su abad tuvo jurisdicción sobre treinta y ocho parroquias y dieciséis anejos y fue administrador de un rico patrimonio para el mantenimiento de la comunidad, otorgado fundamentalmente por Arnau Mir de Tost que consiguió, además, el privilegio de exención para la abadía de los papas Nicolás II y Alejandro II. La dotación la llevó cabo el fundador, junto a su esposa Arsenda, a través de seis donaciones sucesivas; la primera en 1046, en la que hizo constar que la hacía *domum sancti Petri que est fundamentatus in castro Aier*; la segunda en 1048, en la que señaló que la iglesia de Sant Pedro *sita est intus kastello quod dicitur Ager*. Ambos documentos se consideran las verdaderas actas fundacionales de la canónica. Siguen luego otras tres donaciones de los años 1057 y 1067, de las que debe ser destacada la última y más solemne de 1068, año en el que moría Arsenda, y Arnau Mir de Tost emprendió una peregrinación a Santiago de Compostela. Es interesante esta solemne donación porque en ella se hacía constar *edificavimus a fundamentis in nomine Sancti Petri, apostolorum principis, ecclesie novitatem*, que certifica que mandaron edificar una nueva iglesia desde los fundamentos, dedicada a san Pedro, cuya primera fase se consagró en 1036. El templo se menciona ya en 1041, junto con la parroquia de la villa de Àger, dedicada a san Vicente, a la cual se le unió una aneja, dedicada al Salvador, que se consagró en 1048. Seguidamente vamos a referirnos a esta fundación y su desarrollo arquitectónico que se prolongó hasta las últimas décadas del siglo XI.

Tal como señalaba ya Villanueva, la colegiata de Sant Pere de Àger estaba constituida por un templo superior y otro inferior que lleva integrada una cripta de salón. Jaume Pasqual y Jaime Villanueva describieron el templo inferior cuando aún se mantenía en pie, especialmente la cripta de salón. El primero lo hace en 1782 con estas palabras "[...] me puse á reconocer por menor el templo subterráneo que está bajo la colegiata actual (y á quien el conquistador de Ager, Arnal Mir de Tost, llama en el año 1070 Santa María la Vieja y que según todas las señas fue edificado antes de los Godos esto es para usos gentiles pues en los frisos o cornisas ostenta de medio relieve calaveras de animales o digamos bucranios, adorno que no parece corresponder á cristianos. Lo he mirado siempre ese templo como á una de las memorias más antiguas é insignes que se conservan en nuestra península..." (PASQUAL, J., 1782). El padre



Vista general de la colegiata de San Pere de Àger. Foto: Galazan (CC BY-SA 3.0)

Villanueva visitó la colegiata el año 1806 y nos dejó esta descripción, mucho más precisa y objetiva: “[...] En medio de las dos puertas ya dichas, y en el trozo de claustro que queda delante de ellas, construido en el siglo XIV, se halla otra puerta por donde se entra bajando dos gradas y por un declive insensible a otra iglesia subterránea que se extiende debajo de la nave principal del templo superior. La puerta en arco tiene de alta 10 palmos y 9 de ancho. La longitud total de este templo subterráneo es de 130 palmos. En su entrada es solo de una nave ancha de 19 palmos y alta de 14 á 15, sin ningún adorno ni cornisa, ni otra cosa más que la bóveda que arranca casi del pavimento actual, el cual si se limpiara pudiera bajar 2 palmos ó más. Luego que se llega a la distancia de unos 76 palmos desde la entrada, la única nave se abre insensiblemente en tres, divididas por dos órdenes de columnas, cinco por parte, de 11 palmos cada una de ellas, incluso su basamento y capitel hasta el arranque de los arcos, los cuales con las 15 lunetas que resultan son de buen gusto. La latitud total de las tres naves es de 28 palmos: las dos laterales rodean el único altar que es posterior al de todo el edificio [...]. El testero de esta iglesia es circular. En el medio de las columnas se abren en crucero dos naves de bastante profundidad. La parte exterior de todo este edificio es de 14 palmos de espesor. Por estas señas y aun sin ellas se ve que este templo es anterior al de arriba. Porque claro está no pudo construirse aquel primero que este, ni el gusto de los capiteles y de bóvedas y columnas, ni cuanto hay en él, sufre decir que sea posterior al siglo XI, antes indubitablemente de este mismo siglo. Y no cabe tenerlo por cosa romana ni por templo dedicado a Cibele, como algún erudito ha querido decir, porque las piñas y animales que se representan en los capiteles ninguna conexión tienen con ello, sino que solo son efecto del capricho de los canteros, que como se ve en otros monumentos de esta clase que se conservan en Tarragona, San Cucufate del Vallés, solían allí mezclar *sacra prophanis, imasummis*. Esta iglesia es aquí llamada comúnmente Santa María la Vella. No deja de ser extraño el silencio del fundador de la nueva, Arnaldo Mir, que en ninguna de las muchas escrituras en que tuvo ocasión de mentar esta vieja, hizo mención de ella; a no ser que la indicase en aquellas palabras *edificavimus ecclesiae novitatem*, como contraponiendo la nueva fábrica á la antigua. Diré lo que entiendo. Este templo subterráneo, antes que se construyese el de arriba, estuvo dedicado á S. Pedro, y no á Santa María. Y sino señáleseme cual era la iglesia de S. Pedro que ya existía aquí en los años 1037 y 1041, antes que los moros invadiesen [por] segunda vez esta villa, y antes que Arnaldo Mir construyese el templo nuevo. Este príncipe hizo nueva, más no hizo nuevo titular. Y así el papa Nicolás II en su bula del año 1060 dice: *quam (ecclesiam S. Petri) eoquod nuperrime de potestate paganorum, et gentilitati serrore divinitus liberatum* & c. Donde se supone que la iglesia que Arnaldo sacó del poder de

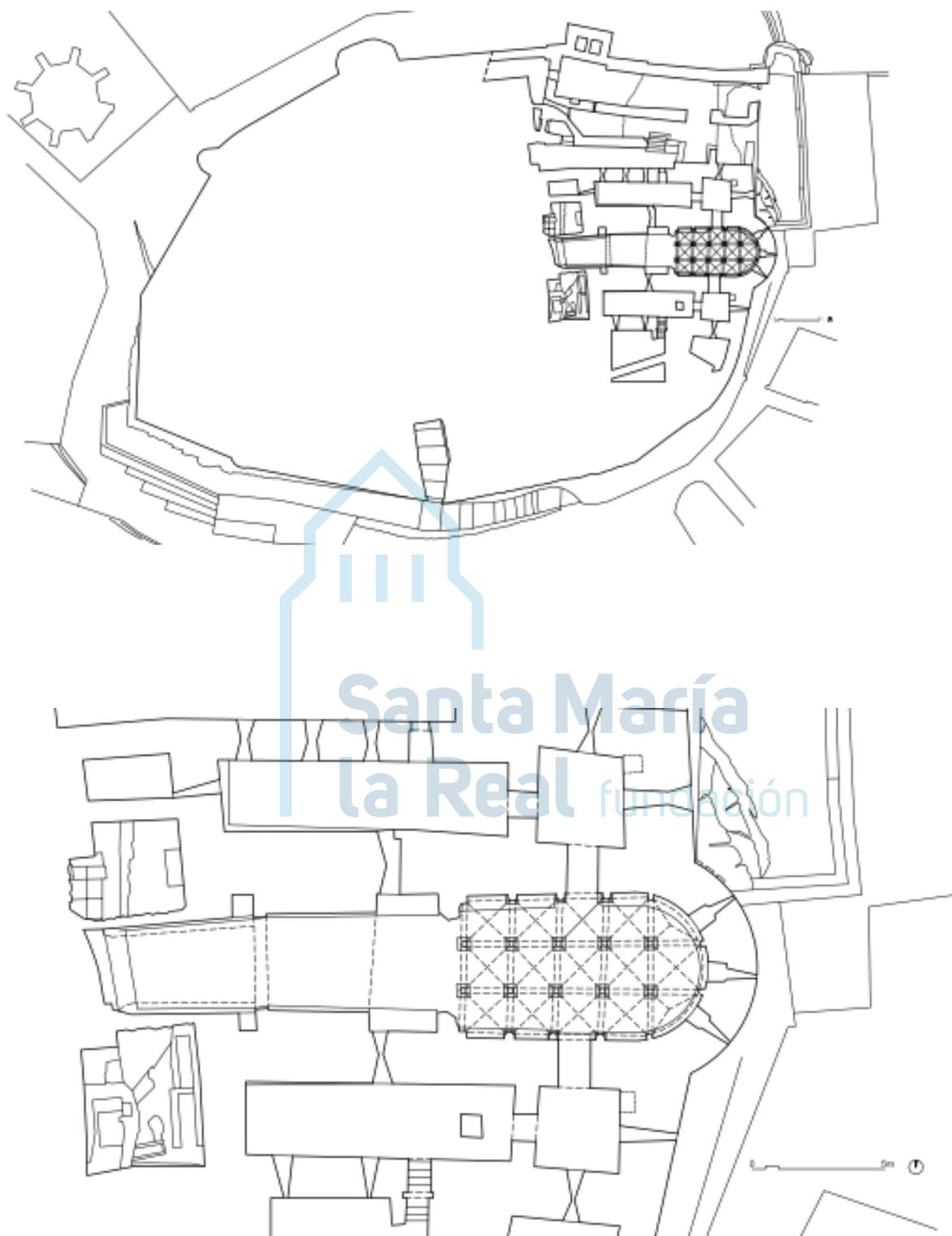
los paganos, era la de S. Pedro; y como la nueva fábrica sea posterior á esta victoria, y ya estuviese edificada en 1060 cuando hablaba de aquella manera el papa Nicolás; es claro a mi juicio, que esta iglesia primitiva estuvo dedicada á S. Pedro [...]. Si se me obligara a fijar la época de la construcción de todo él, yo diría que es de principios del siglo XI, cuando en la primera conquista de los cristianos trataron de erigir la iglesia, y la hicieron baja que no sobresaliese á los muros del castillo, por temor de los enemigos que todavía andaban á la redonda, y que en efecto volvieron á ocupar la villa á mediados de este mismo siglo. Mas cesando ya el temor en la segunda conquista, y aprovechándose de la solidez de la primera fábrica, se levantó sobre ella la del templo actual" (VILLANUEVA ASTENGO, J., 1803-1852, IX, pp. 130-134).

Este primer templo, del cual los autores mencionados sólo describen la nave y la cripta de salón, tenía previstas, en origen, tres naves totalmente separadas, a las que se añadió, en una segunda fase, la cripta descrita de salón, inserta en la nave mayor, coincidiendo con la erección del templo superior. Como describe Villanueva, la cabecera de la nave principal de este templo inferior es semicircular, externa e internamente, mientras que las de las colaterales, bien conservadas, son rectas. De él llama la atención la separación de las naves, conectadas únicamente por dos ventanas saeteras de doble derrame en su parte central. Ambas colaterales son totalmente simétricas, y muestran puertas de acceso en los respectivos

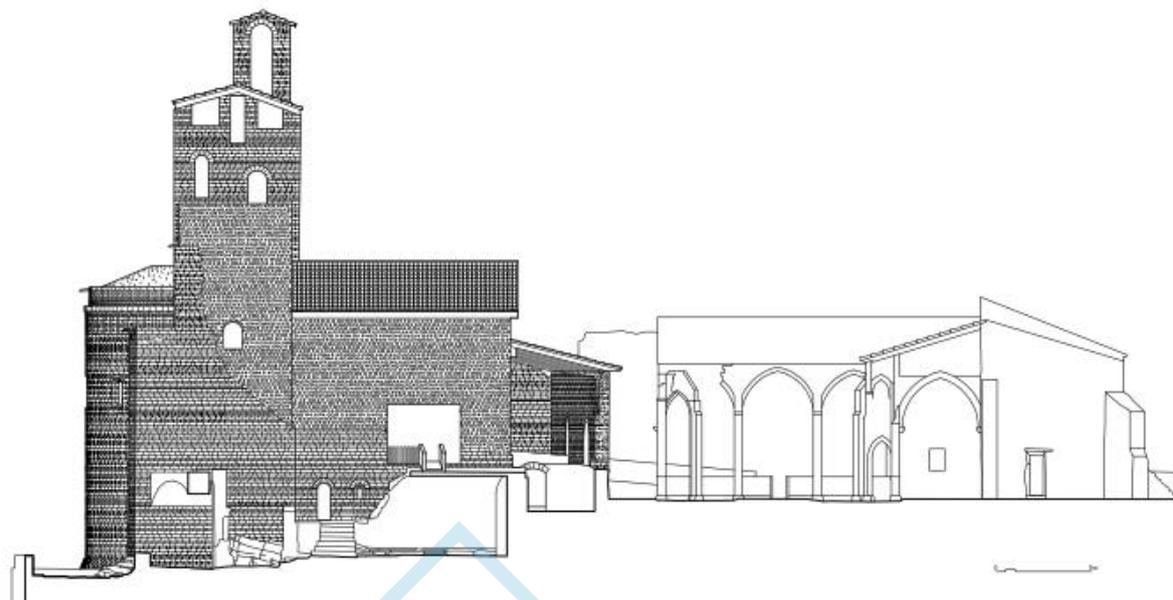
muros meridional y septentrional, así como dos ventanas saeteras, de doble derrame, en el septentrional, y dos de un solo derrame, en el meridional. Los portales de acceso son de arco de medio punto, sin ningún elemento estructural que destaque, un poco peraltado y con pequeñas dovelas en la cara externa. En cuanto a los ábsides, llaman la atención los muros de separación de la zona presbiterial respecto de las naves, provistos de accesos de arco de medio punto, que actúan de triunfales. También resultan de interés los accesos de arco de medio punto que comunican su zona presbiterial con la de la nave principal. Estos ábsides, casi cuadrados, poseen en sus muros externos ventanales igualmente de saeta y doble derrame, excepto en el ventanal meridional que, como los de la nave lateral sur, posee un solo derrame. En cuanto a las bóvedas que cubren estas colaterales, son de cañón en las naves y de cañón perpendicular en los tramos presbiteriales. Se trata de bóvedas que arrancan directamente de los muros, muy bajos, de tal forma que para la abertura de las ventanas hubo que abrir lunetos en la masa de la bóveda, igualmente como en el caso de los portales laterales descritos de acceso. En el muro occidental de la nave lateral septentrional, se puede también apreciar una ventada saetera, actualmente cegada.

Aunque se haya propuesto considerar las colaterales descritas como corredores para acceder a la cripta de la nave central (CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, p. 123), concibiendo un proyecto unitario para el conjunto, o como infraestructuras para salvar el fuerte desnivel del asentamiento del templo (DURLIAT, M., 1973, p. 78), consideramos más convincente plantear dos fases para el conjunto, tal como apuntamos; para el templo inferior, una planta basilical con esta disposición poco común de naves separadas, teniendo presente para ello la triple dedicación, documentada, que permite constatar la existencia de tres altares dedicados respectivamente a san Pedro, santa María y san Miguel. Dado que en 1036 se mencionaba la consagración del templo de Sant Pere, cabe pensar que se construyó entre 1034, año de la conquista cristiana del castillo, y 1046, el considerado como el momento de la segunda conquista musulmana, cuyo dominio fue breve, pues apenas superó el año. Es posible que en el momento de dicha segunda conquista, el edificio estuviera aún en proceso de construcción, por lo que nos hallaríamos ante un proyecto sin terminar. Hay dudas, en este sentido, de si las bóvedas descritas estarían ya construidas, o se realizaron, en parte o completamente, en la segunda fase que vamos a tratar seguidamente. En todo caso, se conciba el proceso constructivo del conjunto de una forma u otra, la construcción se llevó a cabo con pocos cambios, siguiendo las técnicas lombardas, a base de muros gruesos con el núcleo resuelto con cascotes de piedra y argamasa de cal –*opus incertum*– y las superficies exteriores revestidas con un paramento regular de pequeños sillares, un tanto irregulares, cortados con un cincel de pico, el típico del primer románico.

La cripta de salón, que hemos visto bien descrita por Villanueva, se desmontó para reaprovechar los capiteles y columnas para un vía crucis, en la segunda mitad del siglo XIX (VISITA A AGER, 1886). Actualmente se pueden ver algunos de sus restos integrados en la restauración llevada a cabo en los



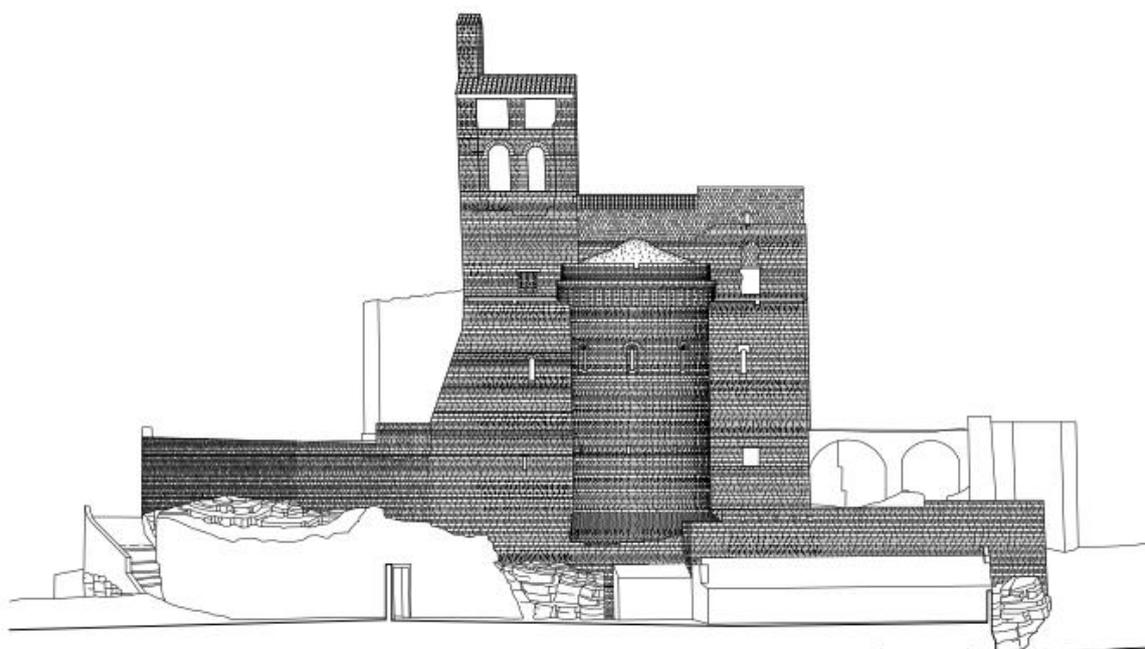
Planta 0



Alzado norte



Santa María la Real fundación



Alzado este

últimos años. Como ya anunciamos, la cripta se incorporó en la segunda fase y de ella interesan, sobre todo, los capiteles que analizaremos en el apartado de la escultura.

En cuanto a lo arquitectónico, se siguió seguramente el modelo de Vic, es decir, tres naves con un total de quince columnas que daban apoyo a las diez y seis bóvedas de arista, con sus correspondientes arcos formeros y perpiaños, que describía Villanueva.

TEMPLO SUPERIOR

Como señala Villanueva, el templo superior se construyó tomando como base el perímetro del inferior y su construcción se inició después de la segunda conquista musulmana. Hay dos documentos que nos indican que se había iniciado la nueva obra, uno de 1060, que señala una donación *ad opera*, y otro de 1063 que menciona a un *Petro Lombardo*, que podemos considerar como el maestro de obra. Es lícito suponer que la ocupación musulmana supuso destrucciones que quizás obligaron a reformas y que permitieron introducir nuevos elementos, como la cripta ya descrita, incorporada a la nave del templo inferior, como parte de un segundo proyecto más ambicioso que puede explicarse por el auge político de Arnau Mir de Tost, el verdadero triunfador sobre el Islam en la segunda conquista. La importancia de las reliquias puede ser otra explicación para la adopción de la cripta, dentro de esta segunda fase. Arnau Mir de Tost se preocupó de conseguir un conjunto notable de reliquias para su templo con el objetivo de convertirlo en un centro importante de culto y peregrinación. Cabe suponer que la construcción de este segundo proyecto se prolongó hasta finales de siglo, ya que en 1094 se efectuó una donación *ad consumandum clocarium Sancti Petri de Ager*. A la muerte de Arnau Mir de Tost, aunque legó en su testamento bienes *ad opera*, la actividad constructiva debió de mermar, quedando la obra del campanario tan sólo iniciada. Se deberá esperar al siglo siguiente para que sea continuada y nunca acabada, como se puede comprobar viendo el paramento y el remate; también restó paralizada la obra del otro, el septentrional, apenas iniciado, como aún se advierte. En todo caso, es creencia generalizada que a la muerte del promotor, la fábrica del templo en su conjunto estaba en una fase muy avanzada, por no decir casi terminada.



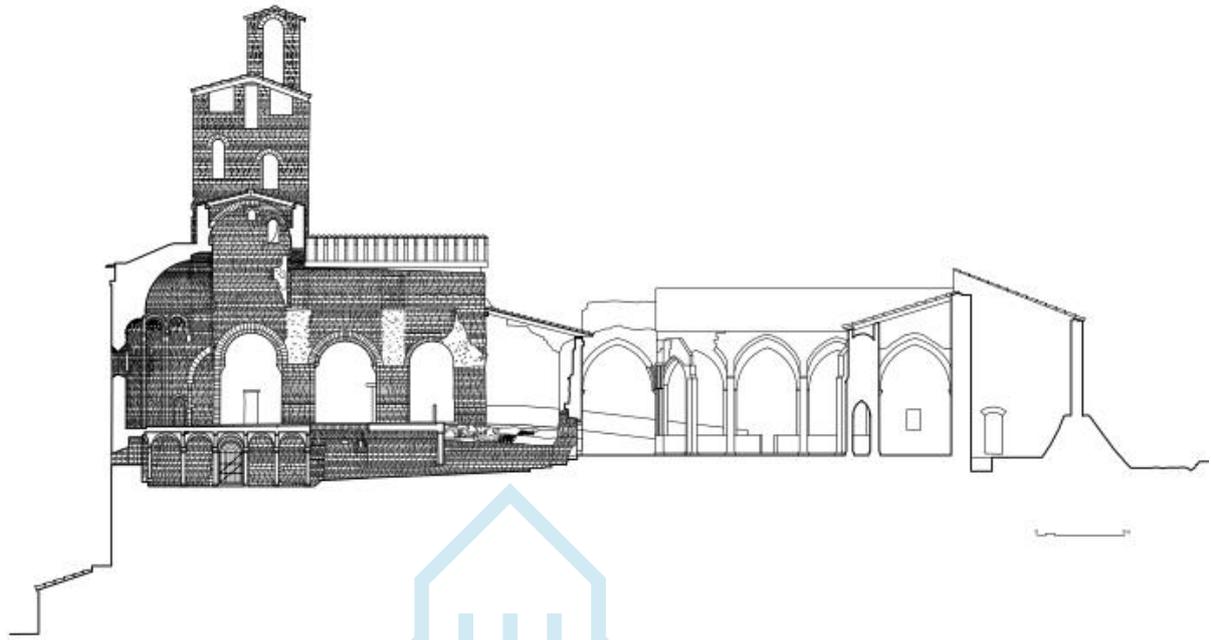
Vista del ábside. Foto: Josep Renalias (CC. BY-SA-3.0)

A pesar de lo derruido, lo que subsiste del templo abacial es suficiente para poder reconstruir su disposición original. Se trataba de un templo de planta basilical y transepto, con la nave el doble de ancha que las colaterales, dividida en tres tramos, de los cuales el primero, mayor, se corresponde con el transepto que, como en el caso de Cardona, apenas sobresale. Las tres naves, por otro lado, están rematadas por un gran ábside semicircular, la mayor, y dos absidiolos embebidos en el grosor del muro, las laterales, que aparece recto externamente, como en el templo inferior. En esta parte, destaca el gran ábside resuelto siguiendo el modelo de Cardona, aunque con los arcos que enmarcan los tres nichos centrales, sostenidos por columnas adosadas, con sus respectivos capiteles. El transepto, en el tramo de la nave, se cubría con una bóveda de cañón perpendicular, cuyo arranque se visualiza en el muro norte del campanario al que se adosaba. En cuanto a los tramos de los colaterales, se cubrían con sendas cúpulas sobre trompas, rebajadas, concebidas para dar sostén a los dos campanarios, de los cuales solo se elevó el meridional; el septentrional, como señalamos, quedó apenas iniciado. Ciertamente se trata de una obra ambiciosa hecha con la intención clara de monumentalizar el templo, siguiendo modelos nórdicos, como se ha señalado en el caso de Sant Miquel de Cuixà, ejemplo a tener en cuenta para el proyecto del templo agerense.

Aunque a finales del siglo XII se nivelaron las tres naves, en origen el suelo de la nave mayor se situaba al mismo nivel que el templo inferior, con lo que quedaban las colaterales a la altura de la zona presbiterial de la nave. Un desnivel que hallamos en otros templos, como el de San Vicente de Roda de Isábena, ha sido comparado por Adell con Àger, aunque no sea exactamente coincidente la disposición. Las naves se dotaron, por otra parte, de pilares de sección rectangular con columnas adosadas en sus cuatro caras (DURLIAT, 1973, p. 73) con el objetivo de dar apoyo a los arcos perpiaños de las bóvedas de cañón y los formeros de los tres arcos de comunicación entre naves que resultan de luz diferente, mientras el arco del transepto es más elevado, el que le sigue resulta más ancho y el de los pies mucho más estrecho.

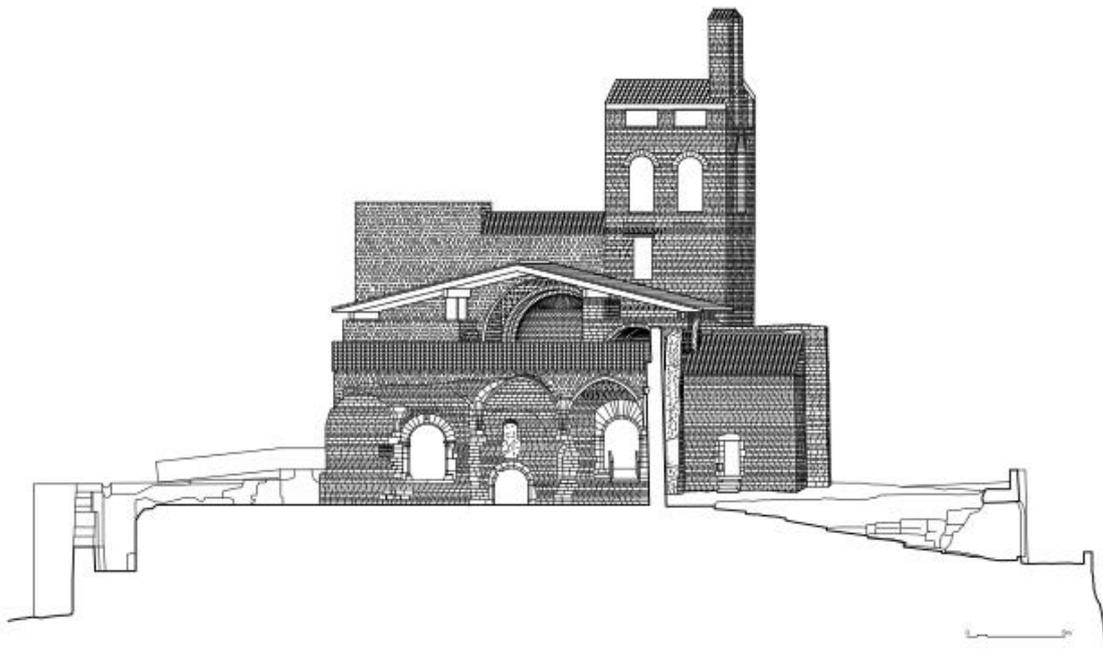


Sección transversal

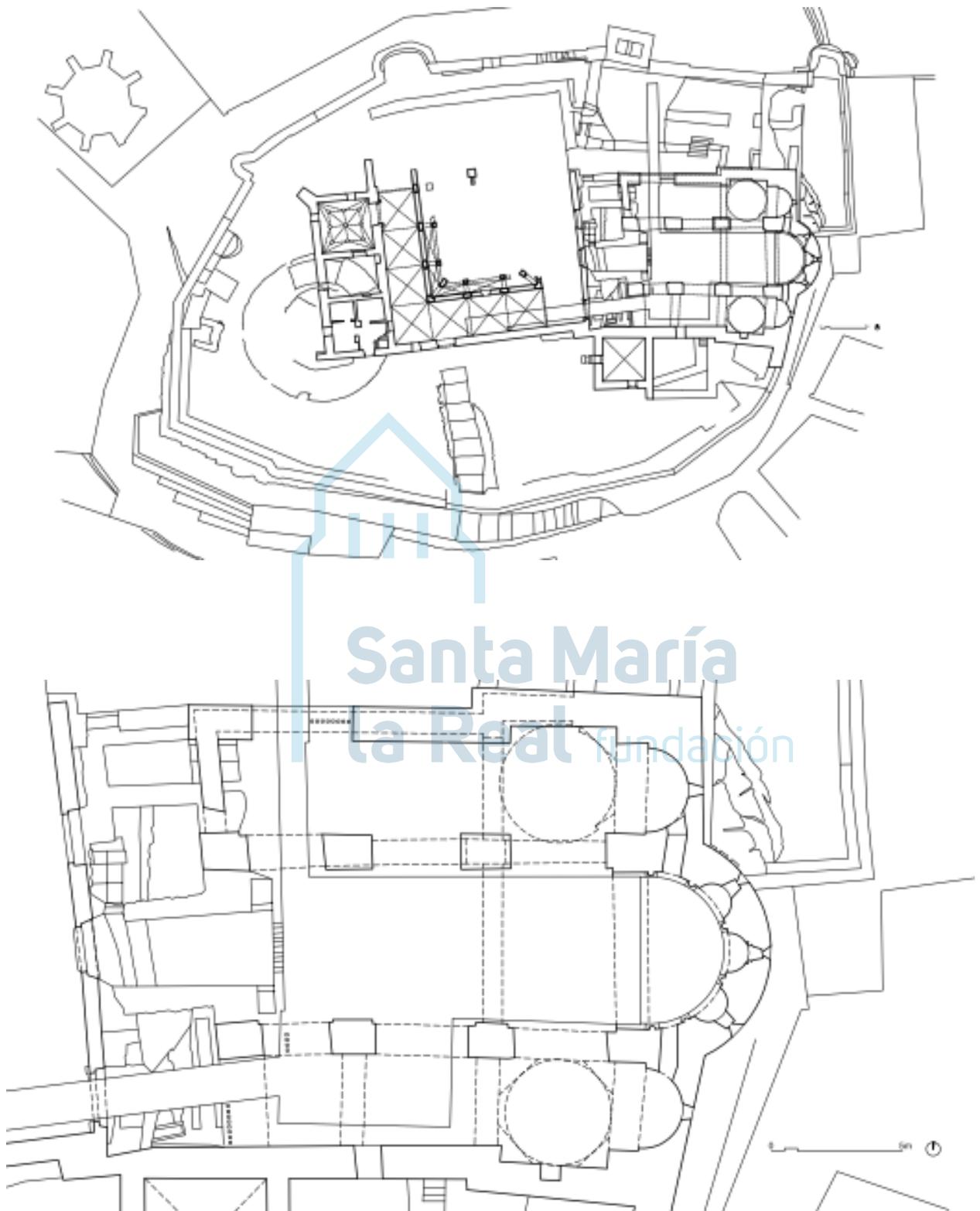


Sección longitudinal

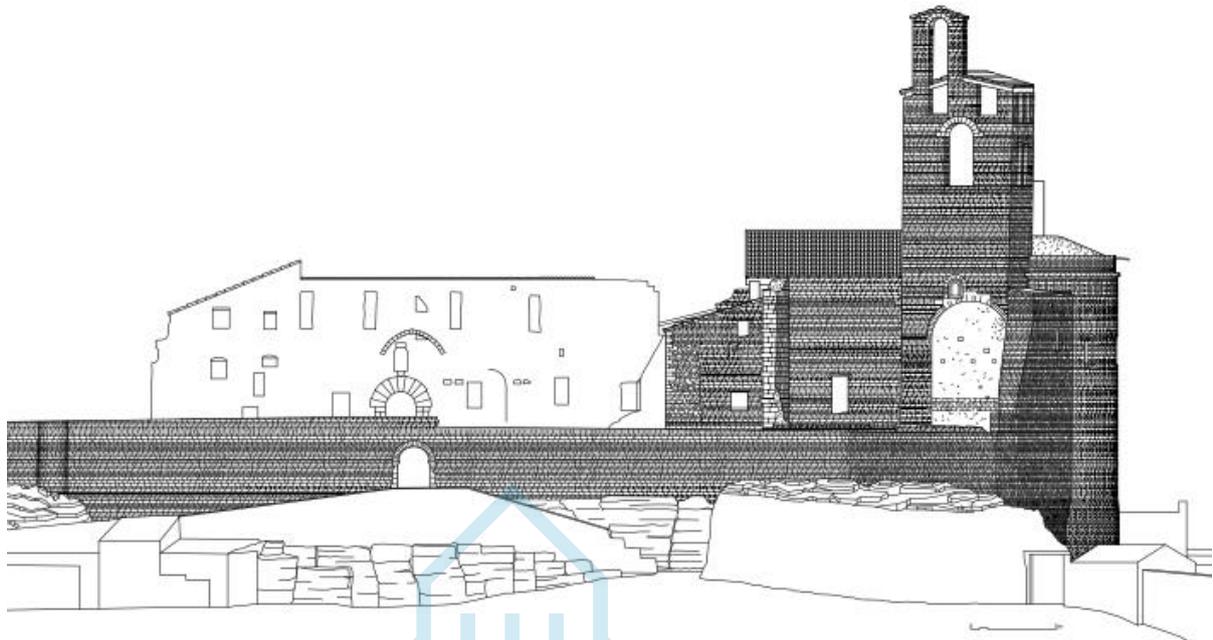
Santa María
la Real fundación



Alzado oeste



Planta 1



Alzado sur

En cuanto al alzado de las naves, claramente se advierte que, a pesar de la mayor altura de la principal, su bóveda arrancaba de forma inmediata de encima de las colaterales, sin que mediara espacio para abrir ventanas u óculos en la zona del claristorio, de tal forma que las colaterales adquirieron, junto con sus bóvedas, una función muy evidente de contrarresto de la de la nave mayor. Un sistema muy usado en el románico catalán como puede apreciarse en otros templos contemporáneos, como los cercanos de Santa Maria de Mur y Santa Maria de Llimiana, por citar sólo dos ejemplos. Es por ello que la iluminación de la nave era indirecta, pues provenía de las ventanas de las colaterales, actualmente desaparecidas, aunque quedan vestigios de dos de ellas en el muro sur que nos permiten creer que igualmente existirían en el muro norte. Para la iluminación había asimismo, las tres ventanas del ábside mayor y las dos de los absidiolos, la axial provista de sendas columnitas coronadas por capiteles. En cuanto a la bóveda perpendicular del tramo del crucero, su arranque se situaba inmediato al remate de la bóveda de la nave, con lo que queda así sobrealzado, permitiendo la posibilidad de abrir aberturas en los muros norte y sur, como aún puede advertirse en el meridional. No quisiéramos proseguir sin destacar este curioso transepto que creaba un potente volumen con el añadido de los campanarios, externamente, y espacios de una gran verticalidad, en el interior, si sumamos a ello el desnivel de la nave mayor con una gran escalinata de acceso al presbiterio.

A los pies del templo se dispuso además una galilea, tal como se documenta a través de algunos de los enterramientos que se efectuaron, caso del conde de Urgell Ermengol III, que sucumbió en el sitio de Barbastro en 1063, y su cuerpo trasladado por Arnau Mir de Tost a la galilea de Sant Pere de Àger. La fábrica de esta galilea se adosaba a la fachada occidental del templo y de ella, lo que queda, son los restos de tres grandes arcos apuntados, al menos los extremos de forma clara, añadidos en el siglo XIII. Subsisten, además, vestigios arqueológicos de enterramientos del siglo XI y la base de un posible coro gótico que corroboran su existencia hasta al menos los albores del siglo XIV, momento en el cual se decidió ampliar el templo un tramo más, a costa de sacrificar la galilea y la fachada románica. Hay suficientes vestigios para proponer que, en un principio, desde un portal, desaparecido, se accedía al interior de la nave

Interior del ábside. Foto: Borjaanimal (CC By-SA- 3.0)



principal, desde el claustro, en el extremo de la cual presidía la cripta con la escalera para poder ascender al presbiterio alto, mientras que en el interior de la cripta se penetraba a través de sendas aberturas laterales, restos de las cuales perviven, de forma parecida a como sucedía en Sant Vicenç de Cardona, antes de la restauración en que se dispuso el acceso a la cripta por la zona central y al presbiterio elevado por sendas escalinatas laterales. Ciertamente la disposición de Àger, permitía a los feligreses o peregrinos penetrar en la cripta para las devociones privadas sin estorbar las ceremonias litúrgicas de la zona presbiterial alta.

Hay un arco visible en piedra caliza, del siglo XIV, en la zona de poniente, a continuación de la bóveda actual del siglo XII, añadida para nivelar las tres naves del templo superior, que marca el inicio de la prolongación de dicha bóveda hacia los pies, al alargar el templo un tramo en el siglo XIV, como se puede advertir a partir de los vestigios conservados. De hecho, esta bóveda, con su prolongación, permitió separar completamente el

templo inferior del superior, y obligó a añadir en la nueva fachada un portal de acceso al primero y otros dos, provistos de escalinatas, para acceder al segundo a través de las colaterales. Una disposición de fachada y portales, aprovechando parte del viejo muro de la galilea, que Villanueva describió perfectamente en su visita de 1806, cuando permanecía aún en pie todo el edificio. Evidentemente, nos hallamos ante cambios y adaptaciones exigidas por la doble función de templo abacial, apto para una comunidad de canónigos regulares, con sus beneficiados y prebendados, y, a la vez, santuario y lugar de peregrinación, bien documentado en los siglos XII y XIII, ya que por allí pasaba una de las rutas del Camino de Santiago que cruzaba la sierra del Montsec.

Externamente los muros se mantienen bien visibles en la zona oriental, con el gran ábside sobresaliendo de los muros, en donde imperceptiblemente se advierte el asentamiento del muro del templo superior y las ventanas –saeteras las tres del ábside mayor del templo inferior y de la cabecera meridional, al igual que las de los absidiolos superiores, entre las que destacan sólo las tres ventanas de doble derrame del ábside del templo superior–. El paramento se corresponde perfectamente con el del primer románico, de sillar pequeño, como ya lo hemos descrito, y muestra únicamente decoración de arquillos ciegos en la coronación del muro del ábside mayor, actualmente muy restaurados.

Nos queda por describir el campanario, cuya construcción quedó interrumpida a finales del siglo XI, como ya dijimos, debiéndose continuar la obra, suponemos, ya iniciado el siglo XII, según permite advertir el paramento de sillares de mayor tamaño y de mejor talla. De hecho, se construyó únicamente la base de asentamiento y el piso de campanas, mientras que el piso superior quedó tan sólo iniciado. Este piso, de muros lisos, muestra dos ventanas de arco de medio punto, sin ninguna decoración en las caras este y oeste, para alojar campanas, mientras que en la sur tiene una única ventana, y en la norte dos portales, a nivel diferente, que permitían acceder a la cubierta del transepto. No cabe duda que se concibieron para facilitar las reparaciones, pero también para fines militares, teniendo en cuenta que el templo formó parte del sistema defensivo del castillo. Ya comentamos como los absidiolos se embebían

en el muro, según Durliat con esta finalidad, igual que dichos portales, que permitían acceder a la zona del ábside para usarla como elemento defensivo de la fortaleza.

Vista de las ruinas de San Pere de Àger. Foto: Borjaanimal (CC BY-SA- 3.0)



Vista del conjunto de la colegiata. Foto: Borjaanimal (CC BY-SA. 3.0)

Campanario. Foto: jordi domènech. (CC.BY-SA-3.0)



LA ESCULTURA MONUMENTAL

Uno de los elementos más destacados del monumento es su escultura. No cabe la menor duda que dentro del proyecto de la segunda fase, se concibió un programa escultórico que abarcaba la cripta y el templo superior. En el caso de la cripta, se aplicó a los capiteles y cimacios, integrados en las columnas de soporte de las bóvedas de arista, de fuste circular monolítico unas, y semicircular y sin basamento las que se adosaban a los muros. Exceptuando cinco de los capiteles, ejecutados con piedra caliza, el resto, al igual que las columnas, se tallaron en piedra arenisca del lugar, como pudo comprobarse en una de las intervenciones arqueológicas, es decir con la misma piedra de los fundamentos de la fábrica románica. Se trata de un conjunto de diez capiteles exentos y, al menos, seis adosados, ya que, en los pilares de ángulo de poniente, estos se coronaron con impostas decoradas con relieves a bisel, como puede comprobarse en la conservada *in situ* en el ángulo noroeste, resuelta con una decoración a base de brotes de acanto que surgen de un tallo ondulado de forma alternada. Una decoración parecida a la que se aprecia en los cimacios de los capiteles, aunque algunos se decoraron tan sólo con un friso de palmetas contrapuestas y enmarcadas, labradas igualmente a bisel, como se advierte por un fragmento conservado. Se trata de un motivo tradicional y de largo recorrido. Todos los capiteles derivan compositivamente del capitel corintio que renace precisamente en el periodo de ejecución de estos, de forma muy fidedigna en el caso de los tres conservados de piedra caliza en el Museu de Lleida, Diocesà i Comarcal, aunque dos de ellos, reaprovechados, son tardorromanos y muestran de forma fidedigna los componentes del orden corintio en su cesto de factura circular (inv. 553 y 557); el otro presenta una mayor esquematización, pero también una gran fidelidad al modelo corintio (inv. 642). No debe extrañarnos la reutilización de capiteles que hallamos en otros monumentos románicos; en el caso de Cataluña, por ejemplo, en Sant Sebastià dels Gorgs, cuya escultura con relieves a bisel se ha comparado con la de Àger.

Si pasamos a analizar el resto de capiteles, hay que destacar que algunos, debido al mal de la piedra, están en muy malas condiciones y con sus relieves casi desaparecidos. Afortunadamente, otros los conservan mejor definidos, y es a través de ellos que su análisis nos permite advertir diferentes variantes de este mismo modelo corintio que demuestra el gran peso de la tradición en las producciones de los siglos X-XI. Todos ellos poseen unas medidas parecidas, pero no exactas, entre los 29 y 33 cm, es decir, con una anchura y altura casi iguales. De ellos unos llevan el collarino incorporado, incluso doble, y todos suelen poseer el ábaco integrado, nada prominente, sobre el cual se asentaba el cimacio. Cuatro de los conservados, de los adosados, conforman una unidad, de los cuales dos pueden verse en el Museu Nacional d'Art de Catalunya (inv. 24001 y 24002) y otros dos en el Museu de Lleida (inv. 3682.00 y 3682.66). Todos ellos están compuestos por dos registros de palmetas, en los del MNAC enmarcadas por arcos apuntados, simulando el perfil de las hojas, y en los del M:LL sin enmarcar, aunque sí lo están las palmetas de los ángulos del registro superior que se incurvan. Otro capitel conservado en el M:LL (inv. 585), muestra en sus ángulos cabezas bovinas que vienen a sustituir las volutas, y en sus caras tres piñas colgantes por encima de un registro de palmetas, perfectamente delimitadas, en sustitución del típico registro de acantos. Todos los relieves del cesto se han trabajado a bisel.

Los capiteles restantes conservados se hallan en Àger, incorporados a la cripta restaurada o guardados en la colateral meridional, o depositados en el Ayuntamiento, de forma provisional, para su mejor conservación. Los incorporados a la cripta son dos, uno muy desgastado y el otro mejor conservado que mide 34 x 30 cm, y muestra en el registro inferior de la cesta, el friso típico de hojas de acanto, con el cuerpo interior de cada hoja resuelto mediante cuatro pequeños brotes de acanto superpuestos, asentados sobre el collarino y coronados por cuerpos prominentes para simular el remate inclinado de las hojas. Además, cada hoja está perfectamente separada por un tallo que se articula con el registro superior; este lo conforman una hoja central, parecida a las inferiores, y las volutas de ángulo, muy prominentes y con la superficie decorada con brotes de acanto. El capitel es de piedra arenisca y la talla a bisel, muy minuciosa, acompañada incluso de un uso moderado del trépano. Ejecutado con piedra caliza debemos reseñar otro de los capiteles, que mide aproximadamente 39 x 37 cm, cuya cesta la constituyen dos registros de acanto, sin volutas, que sustituyen hojas, todas ellas alternadas y sin collarino. La labor a bisel es muy tosca y poco elaborada y todas las superficies de las hojas se resuelven con rallados acanalados sin más. Otro capitel, ejecutado en piedra caliza, mide 29 x 33 x 28 cm, y es otro de los que iban adosados; lo conforman dos registros, el superior resuelto con cabezas bovinas parecidas al capitel descrito más arriba, que alternan con hojas de acanto talladas a bisel, igual que las del primer registro, en donde se despliegan en friso; no posee collarino y el ábaco está muy deteriorado. Otro capitel, ahora exento, de piedra arenisca muy desgastado, y que sigue los parámetros del capitel corintio, mide 30 x 32 x 32 cm y carece de collarino; en su registro inferior apenas deja adivinar las formas simplificadas de las hojas, mientras que en el superior tan sólo son legibles las dos grandes volutas que sostienen el ábaco. Otro capitel digno de ser destacado, también de los que iban adosados, de 28 x 34 cm, muestra un esquema parecido a los descritos, aunque las hojas del primer registro difieren de las vistas hasta ahora, son redondeadas y despliegan desde un tallo común tres brotes digitados que en la base se incurvan dibujando medios círculos, como los de los cuatro capiteles citados al inicio, mientras que la parte superior se inclina y resalta en relieve su envés. También las hojas del piso superior difieren, por cuanto tallos y brotes de acanto se despliegan en todo su espacio, al que se adaptan hasta borrar cualquier similitud al diseño de una hoja. En cuanto a las volutas, se han sustituido por brotes que se incurvan, dejando espacio suficiente para insertar una pequeña hoja parecida a las del primer registro. El capitel no posee ábaco y el collarino se resuelve con un friso calado con motivos en zigzag. Otro capitel, de los exentos, también de arenisca, de 42 x 39 cm, despliega en el primer y segundo registro palmetas que se alternan y que en el registro inferior incurvan sus extremos dibujando los ya descritos semicírculos sobre el collarino, sogueado, mientras la parte superior de las palmetas tiene un tratamiento parecido a las hojas del capitel anterior; del segundo registro arrancan medias palmetas a manera de brotes que se adosan a la superficie de las volutas, cercenadas, dejando espacio en las caras para el motivo floral de doce pétalos y botón central. Cabe señalar en él la superficie redondeada de la cesta, así como el estrecho ábaco que se incurva, adaptado al perfil de los volúmenes del capitel. Por las medidas, se advierte, además, su mayor alzado respecto a los descritos y llama la atención la decoración sogueada del collarino que recuerda el de capiteles del siglo X del área asturleonera.

De la restante escultura conservada, exceptuando la que se mantiene *in situ*, resulta más difícil precisar su lugar de procedencia, ya que puede provenir de la cripta o del templo superior. Antes de continuar, es necesario recordar que el programa decorativo del templo superior incluía columnas adosadas y capiteles con sus cimacios respectivos en todas las caras de los pilares y, además, en la nave mayor, una decoración de relieve a bisel en las impostas a las que se soldaban los cimacios de los capiteles de sostén de los arcos perpiños. Una disposición que se mantiene perfectamente en la zona del ábside mayor, que muestra, por otro lado, una organización parecida a la del ábside de Sant Vicenç de Cardona. Bajo la imposta se hallan cinco arcos dovelados, –de los que los extremos son ciegos y los tres centrales enmarcan sendos nichos– que reposan sobre capiteles adosados, con sus cimacios respectivos, que se prolongan en las impostas y dan asiento a las medias cúpulas de los nichos. Columnas adosadas, dispuestas sobre una base lisa, completan la disposición de este bello ábside. Tanto las impostas del arranque de la bóveda del ábside, como las impostas descritas, incluidos los cimacios de los capiteles, de los que se conservan cuatro, todos iban decorados con relieves a bisel, en parte conservados. Los capiteles, de una factura exquisita, cuentan con un prominente collarino y en ellos se despliegan los dos registros de hojas que alternan entre ellas y derivan de palmetas, con una talla parecida a los capiteles descritos de la cripta, mostrando también los extremos incurvados. El cimacio, muy deteriorado, poseía una decoración en relieve a bisel, semejante. El capitel que sigue hacia la derecha no difiere del anterior en composición, aunque la forma de resolver el interior de las hojas varia, aproximándose su composición a la de las hojas del segundo registro del último capitel adosado descrito en la cripta. Los dos capiteles siguientes que enmarcan el nicho central, son parecidos a éste, aunque más deteriorados, como en el caso del siguiente; en cuanto al del extremo sur no se ha conservado, debido a que fue arrancado en el siglo XIV, cuando se ubicó en esta parte del ábside el sepulcro monumental, bajo arcosolio, del fundador.

Como señalamos, las impostas de la cara sur de la nave, con magníficos relieves a bisel, se conservan *in situ*, mientras que las correspondientes al muro norte fueron arrancadas a finales del siglo XIX o principios del XX, para ser reutilizadas como voladizos de cuatro balcones de casas de la villa, en donde aún se pueden admirar. De los *membra disiecta* restantes, algunos obran en los mencionados museos, mientras otros se conservan en Àger. En el MNAC se exhibe un cimacio que muestra un relieve a bisel muy parecido al de la imposta descrita conservada en la cripta *in situ*, en el ángulo noroeste (inv. 49368); en el Museu de Lleida se conserva otro cimacio con decoración parecida en la parte baja, mientras que en la superior difiere por desplegar un motivo geométrico de trenzado (inv. L-354). Hay, además, otros fragmentos de cimacios que ingresaron en el museo procedentes del Institut d'Estudis Ilerdencs, que obviamos describir (inv. L-222; L-225, L-321). En Àger, por otra parte, se conservan otros dos fragmentos de cimacio y un capitel, el cual, por sus proporciones, bien podría ser uno de los que coronaban los pilares adosados de la nave, y que fueron arrancados en el siglo XVIII. Mide 46 x 41 x 41 cm, es de piedra caliza y su decoración resulta más libre que la de los capiteles de la cripta, aunque mantiene el esquema del capitel corintio, con dos registros peor definidos de hojas que en los ángulos se prolongan para dar asiento a las volutas, mutiladas. En su centro destaca un motivo floral y en la parte baja, por estar mutilada, no se nos permite ver si poseía collarino. Para finalizar esta breve descripción, quedan por citar dos fragmentos muy diferentes de un posible arco de portal, por su forma curvada, con decoración de sogueado en una de las caras y ajedrezado en la otra, realizados en piedra arenisca. También se recuperó de un muro, reaprovechada, una dovela de otro posible portal, con la típica decoración de brotes de acanto, dispuestos en un doble registro, con un relieve a bisel muy fino. ¿Nos hallamos ante elementos procedentes de la primitiva fachada románica, desmontada en el siglo XIV? Queda aún un último capitel por describir, cuya ubicación y lugar de procedencia resulta igualmente problemática; mide 33 x 46 x 16 cm y su forma de imposta plana troncopiramidal invertida le diferencia

totalmente de los restantes capiteles descritos. Todas sus caras están dotadas de relieves a bisel, en las laterales con los típicos motivos de brotes de acanto o medias palmetas, mientras que las principales ostentan iconografía de tradición paleocristiana: dos pájaros afrontados, quizás palomas, ante un tallo del que brotan hojas, talladas a bisel, a manera de palmetas que rellenan toda la superficie; en la otra cara el tema es más sorprendente y extraño, pues en la parte superior se afrontan dos posibles lobos o canes, de los cuales, el de la parte izquierda, parece retener bajo sus patas una liebre que persigue otro cánido, situado debajo en postura rampante, como si se hubiera querido evocar una escena de caza muy sumaria, cuya lectura completa no podemos realizar por estar borrada la parte derecha de dicha cara. Por la factura del relieve, no se aleja demasiado, cronológicamente, de los ejemplos aportados. Evidentemente,

sorprende la inclusión de un mayor número de motivos zoomorfos. En todo caso, la dificultad reside en determinar su procedencia. ¿Nos hallamos ante otro componente de la fachada desaparecida?

Como han señalado diferentes autores, como Durlat o Yarza, nos hallamos ante un buen ejemplo de escultura vinculada a tradiciones anteriores que refloreció hacia finales del siglo X y estuvo vigente a lo largo de casi todo el siglo XI, evolucionando hacia formas como las descritas en Àger, presentes en otros lugares, muy especialmente del Rosellón como Sant Genís de les Fonts, Sant Andreu de Sureda o la catedral de Elna, u otras zonas catalanas como Sant Pere de Rodés, Sant Sebastià dels Gorgs y la catedral de Barcelona. Hemos mantenido que su presencia en Àger debe vincularse a Arnau Mir de Tost, que mantuvo una relación estrecha con los condes de Barcelona Ramon Berenguer I y Almodís, los promotores de la catedral románica de Barcelona, consagrada en 1058, de la que precisamente se conservan fragmentos de imposta con relieves a bisel que se han puesto en relación con los de Àger. Creemos posible que los escultores que trabajaron en la catedral de Barcelona pudieron muy bien desplazarse a Àger para asumir su programa escultórico, si bien la poca escultura conservada de la seo barcelonesa imposibilita una mejor comparación.

PINTURA MURAL DEL ÁBSIDE

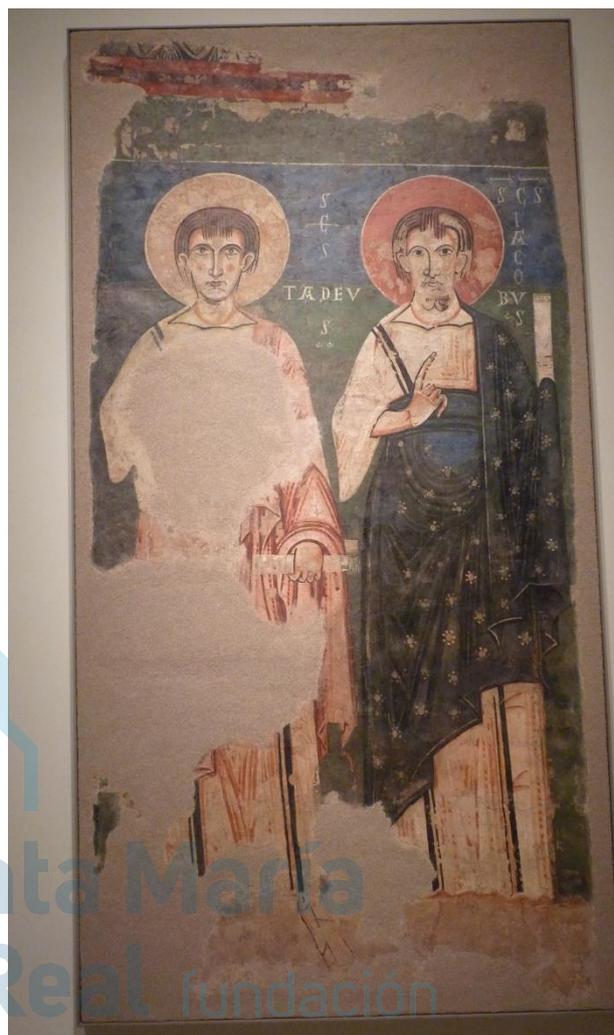
En torno a 1100 parece que se procedió a decorar con pinturas murales todo el templo abacial; con seguridad la zona del ábside principal, aunque catas efectuadas en diferentes partes en el momento de su arranque (1955) confirman que todo el templo las poseyó. Sin lugar a dudas, el derrumbe de la bóveda de la nave y quizás la del tramo del transepto, hacia mediados del siglo XIX, afectó la conservación de dichas pinturas, en lo que debía de persistir bajo diferentes revoques. Para la zona del ábside, tenemos el testimonio de la acuarela pintada por Lluís Vallhonrat hacia 1912 (MNAC/MAC 63874). Tras su arranque, momento en el que se tuvo conocimiento real de lo conservado, fueron depositadas en el Museu Nacional d'Art de Catalunya, en donde se exhibe uno de los fragmentos recuperados (MNAC/MAC 65467), mientras que el resto se halla en el depósito del museo (inv. 65450-65468), con la excepción de tres fragmentos cedidos al Museu de Lleida Diocesà i Comarcal (inv. 3457, 3456, 3455).

Por lo conservado y la mencionada acuarela de Vallhonrat, se sabe que las pinturas que decoraban el ábside principal presentaban una versión de la majestad de Dios en el hemicírculo de la bóveda, dentro de una mandorla, y un apostolado en los muros, bajo el cual, debajo de una línea divisoria de meandros en perspectiva con liberación de espacios para representaciones humanas, se situaban otros temas desaparecidos: Las enjutas de los arcos parece que estuvieron decoradas con diferentes motivos de los que se ha conservado únicamente la representación de un ave con las alas desplegadas, quizás un águila o ave del paraíso (inv. 65 455), la cual se puede admirar en Museu de Lleida (inv. 3457). Por su composición y características estilísticas, se ha comparado con el ábside de Saint-Lizier de Coserans, en el Ariège, aunque las representaciones de la zona baja y las de las enjutas debieron de diferir. Un ejemplo cercano en lo compositivo, para la decoración de las enjutas lo hallamos también en las pinturas conservadas *in situ* de Sant Vicenç de Estamariu (Alt Urgell).

Los dos apóstoles que se exhiben en el MNAC, son san Judas Tadeo y Santiago el Mayor que identificamos por la inscripción que les acompaña, dispuesta a la manera bizantina, en vertical. Las dos bellas figuras se muestran frontales y de pie, con un cierto hieratismo. Las otras tres imágenes de apóstol recuperadas, en peores condiciones, proceden de los nichos (inv. 65 452, 65 454, 654689): La mejor conservada, acéfala, se ha propuesto que podría proceder del nicho central del ábside (Pagès), lado derecho de la ventana axial, y que podría ser san Pedro. Se trata de la figura que se exhibe en el Museu de Lleida inv. 3456), que conserva únicamente el trazo del dibujo, ya que ha perdido totalmente la policromía. Procedentes de la zona de ábside, se conservan otros tres trozos con decoración geométrica a base de casetones en perspectiva y retícula de cuadrados a los que se inscriben arcos de circunferencia que decoraban los fustes de las columnas (inv. 65 450, 65 451, 65 456); uno de ellos expuesto en Museu de Lleida (inv. 3455). De menor tamaño, se conservan dos fragmentos más con decoración geométrica y vegetal que parecen proceder del intradós de las ventanas del ábside. Hay, asimismo, otros dos pequeños trozos, con motivos decorativos, procedentes quizás de la arcada de separación entre la nave central, la del evangelio y el absidiolo norte, que muestran la mano de un

crucificado y una corona en perspectiva (inv. 65 453). Pagès sitúa el fragmento de la mano en el absidiolo sur y plantea que pudo haber formado parte de la escena de la crucifixión de san Pedro, con ello defiende que la colocación de los príncipes de los apóstoles –Pedro y Pablo en la zona central del ábside y la escena de la vida de san Pedro en el absidiolo sur–, nos situarían ante un buen ejemplo de programa inspirado en la reforma gregoriana, que se introdujo precisamente en la iglesia de Àger, hacia finales del siglo XI. Finalmente, ya destacada por Post, que la vio *in situ*, nos queda mencionar una figura humana en el absidiolo norte, dispuesta bajo un arco, acéfala también y con el brazo derecho alzado, sentada sobre un trono con su *pulvinus*, quizás una representación femenina, sin identificar (inv. 65 458).

Como señalamos, el estilo de las pinturas de Àger se acerca al de Saint-Lizier y se ha vinculado siempre de forma genérica a otros conjuntos catalanes que derivan de la pintura lombarda, dentro un marco cronológico que va de la segunda mitad del siglo XI a la primera mitad del XII. Se trataría de un grupo de pintores activos en torno a Milán con coordenadas comunes y un mismo horizonte cultural y artístico que se expande por Europa. Por ello, podemos señalar que, como en el caso de la arquitectura, estas pinturas muestran vínculos claros con el norte de Italia. De hecho, de antiguo, se han adscrito al maestro de Pedret, aunque últimamente se tiende a hablar más de círculo de Pedret, con un estilo que para algunos no se explica únicamente con el ascendente lombardo, pues se señalan otras vías de influencia, como la romana (Castiñeiras). En todo caso, respecto a las pinturas de Pedret, las de Àger muestran un estilo más lineal y rígido, cercano al de Saint-Lizier, aunque podamos establecer concomitancias con otros centros, como por ejemplo, con el tipo de meandro descrito que hallamos parecido en Sant Quirze de Pedret, o



la corona que hallamos de forma parecida en las pinturas de Sant Pere de Burgal. En todo caso, su cronología debe acercarse más a la de Saint Lizier, cuya iglesia se consagró en 1117. Pagès ha propuesto al vizconde de Àger, Guerau Ponç de Cabrera, nieto y heredero de Arnau Mir de Tost, como el promotor.

TEXTO Y FOTOS: FRANCESC FITÈ I LLEVOT - PLANOS: MARTA BUIRA FERRÈ

Bibliografía

AA. VV., 1989-1990, p. 35; ADELL I GISBERT, J.-A., 1982, pp. 643-644; AINAUD DE LASARTE, J., 1962b, p. 26; AINAUD DE LASARTE, J., 1973, pp. 52-55 Y 76-79; AINAUD DE LASARTE, 1989a, p. 68; ALCOLEA I GIL, S., 1953, p. 176; ARMENGOL, P., 1934, pp. 83-86; BARRAL I ALTET, X., 1981, pp. 117-118; BARRAL I ALTET, X., 1998, pp. 109-110; BERLABÉ JOVÉ, C., 2018, pp. 139-149; CAMPS I SÒRIA, J. Y CASTIÑEIRAS I GONZÁLEZ, M., 2008, pp. 30, 56 Y 167-168; CARBONELL I ESTELLER, E., 1974-1975, II, pp. 71-73; CASANOVAS MIRÓ, J., CAMPS I SÒRIA, J. Y PAGÈS I PARETAS, M., 2001, pp. 23-24; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, I, p. 354; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 113-136; COOK, W. W. S. Y GUDIOL RICART, J., 1950, p. 53; COOK, W. W. S. Y GUDIOL RICART, J., 1980, pp. 28-30; DALMASES I BALANÀ, N. DE Y JOSÉ I PITARCH, A., 1986, pp. 122-123 Y 154; DURLIAT, M., 1973; ESPAÑOL

BERTRÁN, F. Y YARZA LUACES, J., 2007, pp. 210 Y 213; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, pp. 175-183; FITÉ I LLEVOT, F., 1989; FITÉ I LLEVOT, F., 1990, pp. 11-30; FITÉ I LLEVOT, F., 1992; FITÉ I LLEVOT, F., 1994; FITÉ I LLEVOT, F., 1995, pp. 134-137; FITÉ I LLEVOT, F., 2006; FITÉ I LLEVOT, F., 2006-2007; FITÉ I LLEVOT, F., 2010; FITÉ I LLEVOT, F., 2011C; FITÉ I LLEVOT, F., 2018, pp. XXXXXX; GUARDIA I PONS, M., 1992, pp. 132-134; GUDIOL I CUNILL, J., 1927, pp. 335-336; GUDIOL RICART, J. Y GAYA NUÑO, J. A., 1948, p. 39; JUNYENT I SUBIRÀ, E., 1960-1961, II, p. 197; JUNYENT I SUBIRÀ, E., 1983, p. 351; KUHN, C. L., 1930, p. 54; LORÉS I OTZET, I., 1992, pp. 125-126; MACIÀ I GOU, M., 1993; MONREAL Y TEJADA, L. Y RIQUER MORERA, M. DE, 1955-1965, I, pp. 162-165; PAGÈS I PARETAS, M., 2009, pp. 167-192; PAGÈS I PARETAS, M., 2015, pp. 152-153; PIJOÁN I SOTERAS, J., 1921, pp. 71-74; PIJOÁN I SOTERAS, J. Y GUDIOL RICART, J., 1948, p. 150; PLADEVALL I FONT, A., 1968, pp. 300-305; PLADEVALL I FONT, A., ADELL I GISBERT, J.-A. Y ESPAÑOL BERTRÁN, F., 1982, pp. 196-205; POST, C. R., 1930-1966, I, pp. 112-122; PUIG I CADAFALCH, J., FALGUERA, A. DE Y GODAY, J., 1909-1918, III, pp. 436-440; RICHERT, G., 1926, p. 25; ROCAFORT I SANSÓ, C., S. D., p. 225; SANAHUJA VALLVERDÚ, P., 1961, pp. 110-140; SUREDA I PONS, J., 1981, pp. 283-284; SUREDA I PONS, J., 1990-1991; VILLANUEVA ASTENGO, J., 1803-1852 (2001), IX, pp. 88-150; YARZA LUACES, J., 1979, pp. 153-155 Y 159; YARZA LUACES, J., 1980, p. 99; YARZA LUACES, J., 1995, I, p. 37.

Iglesia de Sant Vicenç de Àger

LA IGLESIA DE SANT VICENÇ se encuentra unos metros más abajo del castillo y la colegiata de Sant Pere, y forma, junto a ellos, el núcleo medieval de Àger. Hoy en día es la iglesia parroquial. Su historia es muy particular, ya que se creía que era el resultado de la unión de dos templos distintos, el de Sant Salvador y el de Sant Vicenç, que tras un complejo proceso constructivo, extenso en el tiempo y lleno de reformas, quedaron fusionados en un solo edificio a principios del siglo XIV. La noticia documentada más antigua sobre Sant Vicenç se remonta a 1041, cuando en el templo fue leído, en presencia de Arnau Mir de Tost y otras personalidades, el testamento sacramental de su sacerdote, Martí. De Sant Salvador se ha conservado su acta de consagración, la más antigua de todo el valle de Àger, que data del año 1048 y en la que vuelve a aparecer Mir de Tost, esta vez junto al obispo Arnulfo de la Ribagorza. Desde entonces existen muchas otras referencias escritas de ambas iglesias que dejan patente su dependencia de la abadía de Sant Pere. Así, ambos templos aparecen entre los bienes de la dotación de la canónica del año 1060, vinculación que será ratificada algo más tarde en la bula del papa Alejandro III de 1162.

Toda esa documentación deja constancia de la existencia de dos templos construidos a principios del siglo XI, pero no aclara el porqué estaban el uno al lado del otro. La explicación más plausible es que la iglesia de Sant Vicenç que aparece en los escritos no sea la misma que la actual, por lo que posiblemente estuvo ubicada en otro lugar del que no se tienen noticias y cuando decidió ampliarse el edificio de Sant Salvador se hizo construyendo una nave anexa que tomó la advocación de la de Sant Vicenç, sin saberse exactamente el motivo.

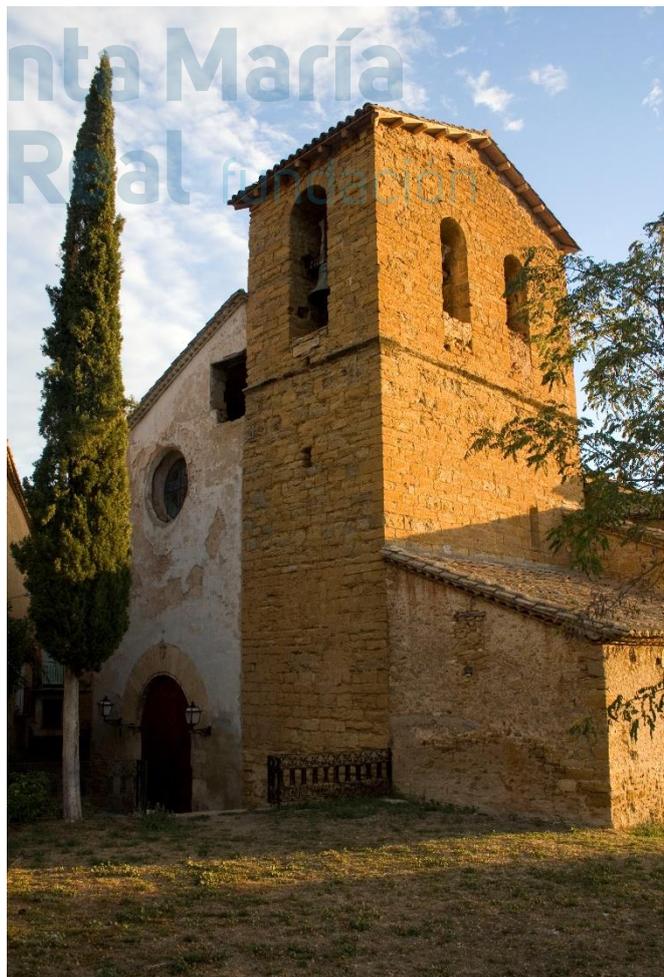


Vista exterior de la cabecera

De esta forma, la iglesia de Sant Salvador quedó transformada en una especie de capilla, en una nave secundaria. Así pues, el actual templo de Sant Vicenç parece ser que es el resultado más de una ampliación de un templo preexistente que no de la unión de dos iglesias que convivían anexas la una junto a la otra. Hoy en día el edificio aparece muy transformado, lo que dificulta su estudio y su evolución constructiva. Una cosa que parece clara es que se reaprovechó la nave románica del siglo XI de la iglesia de Sant Salvador y se levantaron dos nuevas naves entre los siglos XII y XIV, las de la nueva iglesia de Sant Vicenç. Así pues, el dibujo en planta de la actual iglesia de Sant Vicenç de Àger es el de un edificio de tres naves, una principal y dos laterales, que se orientan al Este y quedan rematadas por una cabecera en la que solo hay dos ábsides, el central y el correspondiente a la nave norte, ambos semicirculares. Las naves están cubiertas con bóveda de crucería la principal y de cañón las laterales. El acceso al templo se realiza por el lado de poniente a través de una puerta de arco de medio punto de grandes dovelas que se abrió sobre una antigua entrada, posiblemente en 1732, tal y como indica la inscripción que presenta en la clave. El edificio carece de decoración escultórica y posee pocas ventanas, las cuales se encuentran en el muro norte y en el ábside central. La apariencia exterior delata las numerosas intervenciones sufridas, las cuales han conformado un conjunto de estructuras de diferentes épocas que se han ido añadiendo a lo largo de los siglos como, por ejemplo, la torre campanario, visible y reconocible desde la distancia.

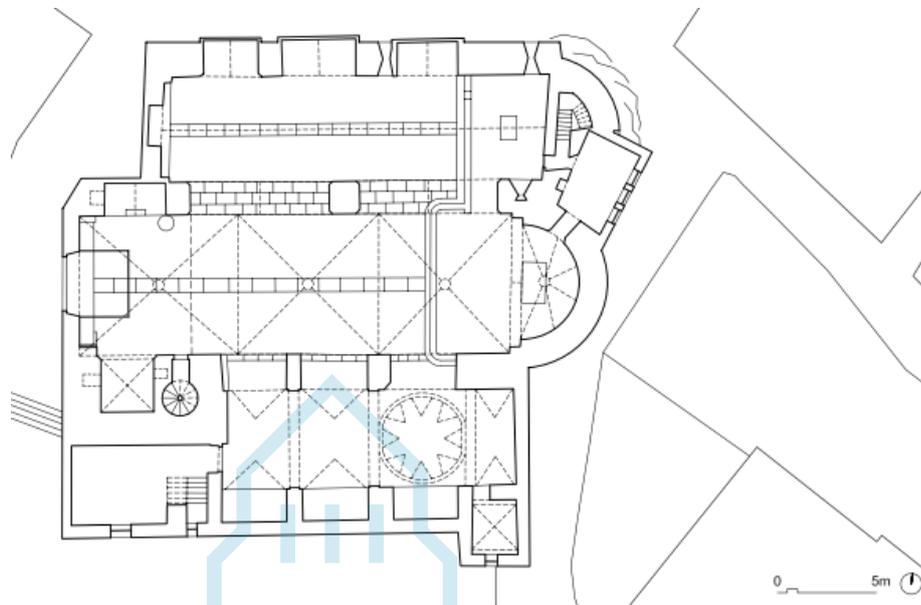
La nave de Sant Salvador está cubierta por una bóveda de cañón con un perfil que se debió apuntar tras una reforma realizada cuando se abrieron los arcos que comunican ambos edificios. Al mismo tiempo su ábside quedó integrado a la nueva cabecera de Sant Vicenç. Es quizá esta parte, juntamente con su fachada norte, la que mejor conserva los vestigios primigenios, ya que la tipología constructiva y la solución de los elementos corresponden al siglo XI. La estructura semicircular conserva gran parte de su aparejo original formado por sillares alargados colocados ordenadamente en hiladas horizontales. En el centro presenta una pequeña ventana de medio punto y doble derrame que se repite por dos veces en el muro norte. Cuando los dos templos fueron unidos, su interior se tapió y en el espacio existente entre los dos ábsides se creó una pequeña sacristía bajo la cual existe una cripta inaccesible, de la que se desconoce su estructura, y que posiblemente se extiende bajo el ábside de Sant Vicenç, que se construyó con posterioridad y sobre ella. El interior no contribuye a aclarar cómo fue el proceso constructivo, ya que sus paramentos están rebozados y encalados.

La nave principal del templo corresponde a la de Sant Vicenç y su construcción es posterior a la nave de Sant Salvador, que queda anexa al norte como nave lateral, pues en el muro de ésta se abrieron dos grandes arcadas apuntadas que las comunicaban. Está cubierta, a una altura considerable, con una bóveda de crucería bastante sencilla, que se enmarca ya en los inicios del gótico, y queda rematada por un ábside peculiar, pues es semicircular en gran parte de su alzado, y poligonal en la zona superior, que se amolda a la moderna estructura interna de nervios y cinco paños que crea la crucería con la que queda cubierto. No se sabe a ciencia cierta si esta cubierta fue el resultado de la reforma de una bóveda

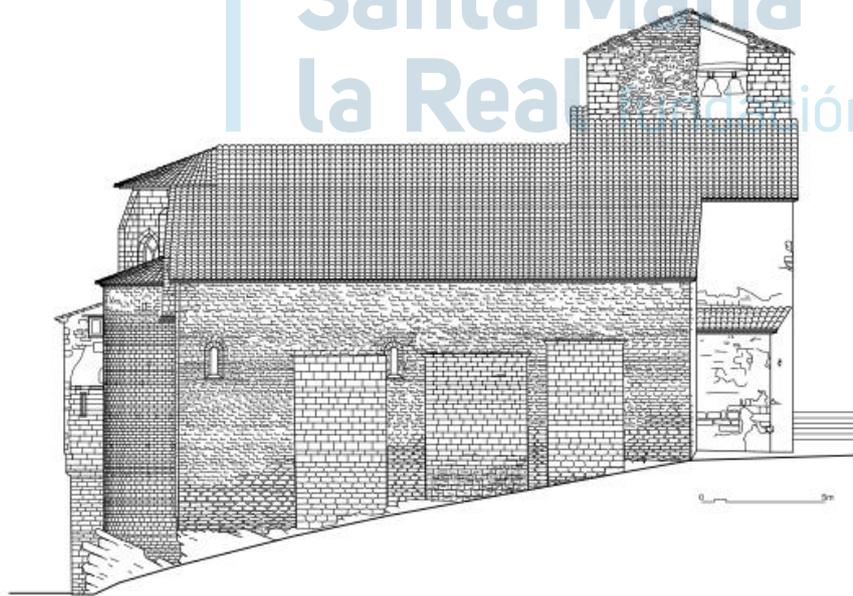


Campanario

anterior o si se levantó con el nuevo lenguaje gótico ya desde un buen principio sobre un edificio iniciado en el románico, como parece ser que ocurrió con la iglesia de Sant Salvador de Vilanova de Meià, con la que las semejanzas en la resolución de la cubierta y la cabecera son claras.



Planta



Alzado norte

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS - PLANOS: MARTA BUIRA FERRÈ

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 136-139; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, pp. 377-389.

Iglesia de Santa Maria del Pla

A POCO MÁS DE 2 KM DE ÀGER, por la carretera que va hacia Agulló, se encuentra la masía de Serret que se levantó a finales del siglo XIX sobre los restos de la antigua iglesia de Santa Maria del Pla. El edificio era en realidad una pequeña capilla de la que hoy en día ya no queda casi nada, pues se encuentra encastada en los muros de la casa. La capilla aparece mencionada en las donaciones que Arnau Mir de Tost y su mujer Arsenda realizaron en 1048 a la abadía de Àger.

Se hace difícil saber cómo fue, ya que sólo se han conservado las zonas bajas del ábside y un tramo del muro norte que pasan desapercibidos en la nueva construcción. Aún así, se puede intuir que se trataba de una pequeña iglesia de una sola nave y un ábside semicircular. La puerta posiblemente estaba situada en el lado sur, pues se aprecian los restos de dos arcos de medio punto que posiblemente sean resultado de diferentes fases constructivas. Los muros estaban contruidos con sillarejo dispuesto en hiladas irregulares. Por lo poco que ha quedado y según la referencia escrita existente se cree que es un edificio de mediados del siglo XI.



Arco presbiteral e interior del ábside

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 140-141; SANAHUJA VALLVERDÚ, P., 1961, DOC. 14, pp. 325-327.

Villa y castillo de Sant Llorenç d'Ares

L OS RESTOS DEL ANTIGUO POBLADO de Sant Llorenç d'Ares, su castillo y su iglesia se encuentran sobre una peña que se asoma al Noguera Ribagorzana desde el extremo más oriental del Montsec d'Ares. Está a unos 10 km de Àger, desde donde se llega siguiendo una pista de tierra que sube a

la cima de la sierra y que, una vez en la Pedroneta, se desvía hacia un camino en malas condiciones que se dirige hacia el Oeste. El castillo se documenta por primera vez en 1044, cuando es vendido por los condes del Pallars Jussà, Ramon IV y Ermessenda, a Arnau Mir de Tost y su mujer Arsenda. En la venta se especifican sus límites, el coste y que sólo la mitad del castro pasa a ser propiedad de los compradores, mientras que la mitad restante queda como feudo. Apenas dos años más tarde, donan a la nueva abadía de Sant Pere de Àger el diezmo de éste y otros castillos, incluyendo el término de Sant Llorenç. Esta donación es confirmada en las posteriores dotaciones de los años 1057, 1060 y 1065.

Casi todo lo que queda del conjunto de Sant Llorenç son unas ruinas. Lo mejor conservado del castillo son una gran torre de planta semicircular y parte de un muro perimetral que cerraba el recinto por su lado oriental. Éste tenía unas dimensiones de unos 20 m de largo por 10 m de ancho, y un perfil poligonal muy irregular, ya que se adaptaba al terreno. En el interior, y adosadas al muro, hubo varias construcciones de tres niveles, por lo menos, de 2,5 m cada uno, que aprovechaban el paulatino estrechamiento de la pared para sustentar los pisos de los que quedan algunos vestigios. La torre, que

debió alcanzar una altura considerable, tiene un lado recto de 7 m, que coincide con el que se asoma al precipicio, y unos muros de 1,2 m. El aparejo del castillo está formado por hiladas perfectamente uniformes de sillares que tienen forma alargada, aunque en ocasiones se alternan con otros cuadrados y que están unidos con mortero. La gran uniformidad constructiva y la calidad estética de la obra delatan las posibilidades económicas del nuevo señor del valle y apuntan a que la cronología de la obra podría situarse a principios de la década de 1040.



Vista general

El muro que cercaba el castillo y el poblado en el lado opuesto al risco, era mucho más grande. Tenía unos 120 m de largo por 30 en su parte más ancha, era prácticamente recto y tenía dos pequeñas torres de planta cuadrada y macizas, una en el lado este, que protegía la puerta de entrada al pueblo y otra en la zona central, moderna solución que en Europa se generalizará un siglo después. Algunos tramos aún conservan hasta 4 m de altura y muestran una factura uniforme, similar a la del castillo y la iglesia. Las casas se distribuían en el interior del recinto o bien adosadas a la muralla y protegidas del viento, o bien alrededor de la iglesia. Eran sencillos habitáculos de factura muy tosca que se adaptaban a la irregularidad del suelo en diferentes niveles, tenían una o dos habitaciones y, posiblemente, cumplían diferentes

funciones. Parece ser que había una plaza central de donde salían diferentes callejuelas y que estaba atravesada por la calle principal, que tenía la misma orientación del muro y unía los diferentes espacios del poblado. Ya en el siglo XIII surgieron nuevas casas fuera del recinto amurallado, a la vera del camino que subía al pueblo.



Restos de la torre

Santa María
la Real fundación

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVIII, pp. 146-149; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, pp. 41-51; FITÉ I LLEVOT, F., 1993, pp. 84-85; RIU I RIU, M., 1989, pp. 62-63;

Iglesia de Sant Llorenç d'Ares

LOS RESTOS DE LA ANTIGUA IGLESIA de Sant Llorenç se encuentran en el recinto medieval del castillo de Sant Llorenç d'Ares, en lo más alto del promontorio y al borde del precipicio. El templo está dedicado a San Lorenzo, advocación que acabó por dar nombre al castillo, primero, y al pueblo, después. La iglesia aparece citada por primera vez en 1043 cuando Arnau Mir de Tost y su mujer Arsenda donan a Gerañ Bonessine unas posesiones en Portaclusa, en el territorio de Sant Llorenç. En ese momento debía funcionar como iglesia y parroquia del pueblo. En 1048 ambos la donan como parte de la dotación de la abadía de Sant Pere de Àger. Desde entonces se sabe que el templo funcionó como un pequeño priorato dependiente de la abadía, lo que se vio ratificado en sendas bulas que el papa Alejandro III otorgó en 1162 y 1179. Ya a mediados del siglo XIII, con la visita del obispo de Valencia, se sabe que el priorato se había secularizado.



Vista del exterior del ábside



Detalle de los arquillos ciegos del muro norte

El edificio, que se encuentra en muy mal estado de conservación, tiene un ábside semicircular, seriamente dañado y que ha perdido sus partes central y superior, y una sola nave de unos 10 m de largo por unos 5 m de ancho, que estaba cubierta por una bóveda de cañón, de la que se conserva el arranque, compartimentada en tres tramos por dos arcos fajones bastante anchos. En el muro norte se conservan restos de un friso de arquillos ciegos, que hacen pensar en que el ábside podría haber estado coronado

por este tipo de decoración, a pesar de que sus lisos paramentos carecen de lesenas, al contrario de lo que ha afirmado algún autor. Estos arquillos, que enmarcan unas piezas semicirculares monolíticas, están apoyados en unas ménsulas rematadas en una forma cilíndrica horizontal, elemento éste que muy poco habitual que parece ser característico de esta zona al norte del Montsec, pues también se encuentra en el ábside y muros laterales de Santa Maria de la Clua del Montsec, en los ábsides de Santa Maria de Mur y Sant Andreu de Biscarri, en los muros meridionales de Santa Maria de Llimiana y Sant Pere de Aransís y en el campanario de Sant Esteve de Abella. A estos ejemplos, aunque situado fuera de esta área, se podría añadir el ábside de Santa Maria de Solanes, en Lladurs (El Solsonés). Una de estas ménsulas está decorada con un círculo con una cruz incisos. El acceso al templo se situaba en el lado norte ya que el muro de mediodía da directamente al vacío. Aunque los sillares y dovelas de la puerta fueron arrancados, aún puede apreciarse la forma de arco de medio punto que debió tener. De las ventanas tan sólo se conserva, oculta entre la maleza, la del muro sur, que es de doble derrame. Hasta hace poco se conservaba la ventana cruciforme del lado de poniente, que lamentablemente se ha perdido, y que era similar a la de Sant Jaume de Cas. Con toda seguridad el ábside debió de tener otra abertura. El aparejo de los gruesos muros está formado por sillares de mediano tamaño toscamente escuadrados, y dispuestos en hiladas más o menos regulares. En la parte baja de la pared de poniente aún se aprecian algunos nichos, muy similares a los de la iglesia del Remei de Oroners.

El detalle de la ménsula sobre la que descansan los arquillos ciegos, aparentemente insignificante, puede aportar indicios que permiten concertar algo más la datación del edificio, que hasta la fecha se había situado de forma genérica en el siglo XI. Si consideramos que la cabecera de Santa Maria de Mur pudo ser realizada durante los años inmediatamente anteriores a su consagración en 1069, parece razonable pensar que Sant Llorenç d'Ares pudo construirse en fechas próximas, posiblemente en el tercer cuarto del siglo XI.



Vista del interior

TEXTO: JUAN ANTONIO CAMPOS /JUAN ANTONIO OLAÑETA MOLINA - FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BERTRAN I ROIGÉ, P., 1986, pp. 110-114; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, p. 149; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, pp. 267, 283 Y 297-299; SANAHUJA VALLVERDÚ, P., 1961, p.170 Y DOC. 10, pp. 322-323.

Iglesia de Santa Maria de Sant Llorenç d'Ares

APOCO MÁS DE 0,5 KM del antiguo pueblo de Sant Llorenç d'Ares, andando por una pista de tierra en dirección noroeste, se encuentra el Mas del Batlle, donde están los restos de la iglesia de Santa Maria de Sant Llorenç d'Ares. Éstos pasan totalmente inadvertidos, ya que están integrados en una masía moderna en cuya construcción se reaprovecharon tanto los muros de la iglesia como parte de su aparejo. De ella hoy en día sólo restan unos desdibujados vestigios: parte de sus muros norte y este y las ruinas de una torre medieval que se adosaba a ella. Aunque prácticamente no existe documentación sobre esta iglesia, por unas referencias indirectas se cree que pudo haber funcionado bien como priorato de una comunidad de monjas cistercienses, bien como una comunidad de donantes.

Por los restos existentes parece ser que fue una sencilla y pequeña iglesia de una sola nave, no muy larga y bastante ancha, cubierta originariamente con una bóveda de cañón que tenía dos arcos fajones, uno de ellos adosado al muro oeste, y coronada por un ábside que se abría al templo a través de un arco presbiteral. En el ángulo sureste se adosó, entre los siglos XII y XIII, una torre cuadrangular en la que debió estar el acceso al templo, hoy perdido. Los muros conservados no son excesivamente gruesos y están formados por un aparejo regular, bien trabajado y escuadrado y dispuesto en ordenadas hiladas horizontales. Han sobrevivido dos pequeñas ventanas, una de medio punto y de doble derrame en el muro norte y otra cruciforme a los pies del templo.

Se ha situado la obra a finales del siglo XI, dentro de las formas evolucionadas del estilo lombardo, y por sus similitudes se ha relacionado con la cercana iglesia de Sant Llorenç y su castillo.



Detalle de los restos del templo

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, p. 150; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, pp. 392-393; SANAHUJA VALLVERDÚ, P., 1961, pp. 256-257.

Iglesia de Santa Maria de Montlleó

LA ANTIGUA IGLESIA DE SANTA MARIA DE MONTLLEÓ se encuentra en el lado oeste de lo que fue el asentamiento medieval de Montlleó, fuera de su recinto fortificado. Desde Àger se llega siguiendo la carretera C-12 que va a Balaguer y sube al puerto. Desde arriba una pista de tierra que lleva al repetidor cruza los campos y se acerca a las crestas, en donde está el antiguo poblado, a casi 1000 m de altitud.



Restos del interior del templo. Ábside y portada

Las noticias documentales existentes son escasas, pero se sabe que la iglesia dedicada a santa María debió de construirse tras el acuerdo al que llegaron Bernat de Àger, el dueño del lugar en 1173, y el abad Ramon de Sant Pere, que le reclamaba la mitad del diezmo. Tras intercambiarse algunas posesiones y derechos resolvieron que *ego Bernardus hedificavero ibi ecclesiam*. A cambio el abad se comprometió a poner un clérigo en Montlleó. El templo funcionó como ermita dependiente de la parroquia de Sant Vicenç de Àger, junto con la iglesia de la Trinitat de la Règola, la de la Mare de Déu de Pedra y la de Santa Helena, que están igualmente diseminadas a las afueras del pueblo y a las que se sabe que se acudía, según documentos del siglo XV, uno de los sábados del mes de mayo para bendecir el término.

Se trata de un edificio pequeño y sencillo, que tenía un ábside semicircular y una sola nave cubierta con una sencilla bóveda de cañón que se debió techar en el exterior a dos aguas. Actualmente se encuentra en un estado de ruina y sólo se mantienen en pie el muro del ábside, la parte inferior del lienzo de poniente y un fragmento importante del meridional, en el que se puede apreciar el arranque de la desaparecida bóveda. La puerta, de la que sólo persiste el hueco en la pared, estaba en el lado meridional, cerca de la cabecera. En ese mismo muro, pero a los pies del templo, quedan los restos de un contrafuerte

que es posterior a la obra románica ya que debió apuntalar el edificio cuando empezó a desplomarse. Los muros eran gruesos y estaban formados por sillarejo, bastante irregular, combinado en ocasiones con mampostería, y dispuesto de manera desordenada, excepto en el paramento exterior del ábside.

Aunque la factura general del templo es bastante tosca, se suele datar a finales del siglo XII.

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, p. 158; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, p. 390; SANAHUJA VALLVERDÚ, P., 1961, pp. 170 Y 249; VIDAL SANVICENS, M. Y LÓPEZ I VILASECA, M., 1984, pp. 392-393;

Castillo de Cas

EL CASTILLO DE CAS, del que tan sólo quedan su torre del homenaje, los restos perimetrales de la muralla que la rodeaba y otra pequeña torre circular, se encuentra a escasos metros de la iglesia de Sant Jaume. Se llega por una pista de tierra que hay en lo alto del puerto de Àger y que arranca desde la carretera C-12, que va hacia Balaguer. Se sube por la cresta de la sierra de Montclús, que limita el valle por el Sur y, en unos 4 km, se llega a una zona alta, llana y llena de maleza, conocida como las Torres de Cas, en donde está, a un lado el templo y al otro la torre del castillo y los restos de sus murallas.

Las primeras noticias que hay sobre el término de Cas se remontan a 1054 y pertenecen al acta de dotación de la canónica de Sant Miquel de Montmagastre otorgada por Arnau Mir de Tost y su mujer Arsenda. En dicha acta aparecen citados los bienes de la cuadra de *vila Garoca*, en el término de Cas. Otro documento de 1063 lo corrobora al afirmar que esas tierras fueron conseguidas por el mismo señor por *aprisio*, proceso de repoblación por el que se obtenía la propiedad de una tierra que estaba yerma y sin dueño si se demostraba que se había cultivado durante un período de tiempo. Pero la primera mención directa del castillo aparece en 1057 cuando Arnau Mir de Tost y Arsenda donaron a Sant Pere de Àger unas tierras situadas *in Kassi*. Ya en el año 1060 cedieron a la misma abadía el castillo con todos sus derechos y diezmos. Durante el siglo XII, aunque las usurpaciones de la nobleza fueron una constante, el castillo siguió perteneciendo a la abadía, lo que quedó ratificado en las bulas del papa Alejandro III de 1162 y 1179.

La torre del homenaje, que fue restaurada en 1982, es de planta circular, tiene una altura de unos 9,5 m, aunque posiblemente fue más alta, un diámetro interior de casi 3,5 m y el grosor de sus muros es amplísimo, de casi 2 m en su parte más alta y de 1,70 m en la zona inferior. Posee dos niveles, uno inferior que tiene 4 m de alto y se cubre con una falsa cúpula, y un segundo, que es el piso principal, a la altura del cual se abren a unos 6 m del suelo y hacia poniente la puerta principal, que fue muy restaurada, y tres aspilleras de único derrame destinadas a la vigilancia. Por lo general, los sillares son medianos y ligeramente alargados, bien escuadrados, aunque poco trabajados, unidos con mortero de cal y dispuestos ordenadamente en hiladas horizontales, aunque en la zona baja del muro oeste hay bloques bastante más grandes, e incluso alguno cuadrado. Se ha relacionado con la torre de Fontdepou, con la que tiene bastantes similitudes, aún así, los especialistas creen que los dos recintos que la rodeaban quizá fueron levantados algo más tarde.

En el lado oriental, a unos 4 m de la torre, la cercaba un muro de planta más o menos circular y 1 m de grosor. Parece ser que funcionaba como parapeto y se unía a ella, al modo de las fortalezas francesas, mediante un arco que hacía de puente sobre un foso, del que quedaban algunos vestigios antes de la restauración. Este muro perimetral tenía una puerta bastante ancha y estaba hecho de sillares no muy grandes unidos con mortero. Otro cerco, de unos 35 por 17 m, creaba un perímetro amurallado más ancho hacia poniente donde existía otra pequeña torre similar a la principal, aunque más pequeña. Del muro quedan algunas ruinas mientras que de esa segunda torre todavía se aprecian algunos metros de pared.

Así pues, partiendo de las referencias documentales existentes y de sus características constructivas el castillo de Cas ha sido datado en el siglo XI.



Vista
general de
la torre

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BURON I LLORENS, V., 1989, p. 171; CASTELLS CATALANS, ELS, 1967-1979, VI (I), pp. 226 Y 232; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 154-155; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, p. 132, 151 Y 257-259; FITÉ I LLEVOT, F., 1986A, I, pp. 208-210; FITÉ I LLEVOT, F., 1993, pp. 68-69.

Iglesia de Sant Jaume de Cas (o de las Torres de Cas)

LA IGLESIA DE SANT JAUME se encuentra junto al castillo de Cas, por lo que para llegar, se deben seguir las instrucciones indicadas para éste.

La primera vez que aparece citada la iglesia de Sant Jaume es en 1094, cuando se dice que el feudo de Cas y la mitad de la parroquia estaban en manos de Galceran Erimany gracias al abad de Àger, mientras que la otra mitad la tenía Ramon Exabel, el tenente. El culto y la advocación de templos al apóstol Santiago se convirtió en una constante ya desde los siglos XI y XII, principalmente en muchos pueblos del norte de la Península, en estrecha relación con el desarrollo de la vía de peregrinación a Compostela, que en tierras catalanas pasaba por Cas para cruzar el Montsec. Al respecto hay documentada una romería realizada en Cas en honor al santo, datada en 1190.

Originalmente la iglesia de Sant Jaume era un edificio pequeño y sencillo que fue remodelado y alargado hacia poniente en un complejo proceso constructivo llevado a cabo en épocas inmediatamente posteriores a la finalización del templo primitivo. Algunos estudiosos han llegado a pensar, incluso, que dicha obra no pueda considerarse una simple ampliación, sino que pudo tratarse de un cambio en el proyecto original antes que este se llegara a terminar. En el proyecto primigenio, el edificio tenía un ábside semicircular y una sola nave, no muy larga, ni alta, que se correspondería con el actual primer tramo, y que estaba cubierta en el interior con una bóveda de cañón abrazada por unos arcos fajones, y techada a dos aguas en el exterior. Cuando aún no se había culminado la obra, se decidió ampliar la nave del edificio hacia el Oeste mediante un nuevo cuerpo de mayor altura, en el que se sitúan los accesos que hoy en día presenta la iglesia, dos sencillas puertas con arco de medio punto.



*Vista exterior del ábside
y el muro sur*

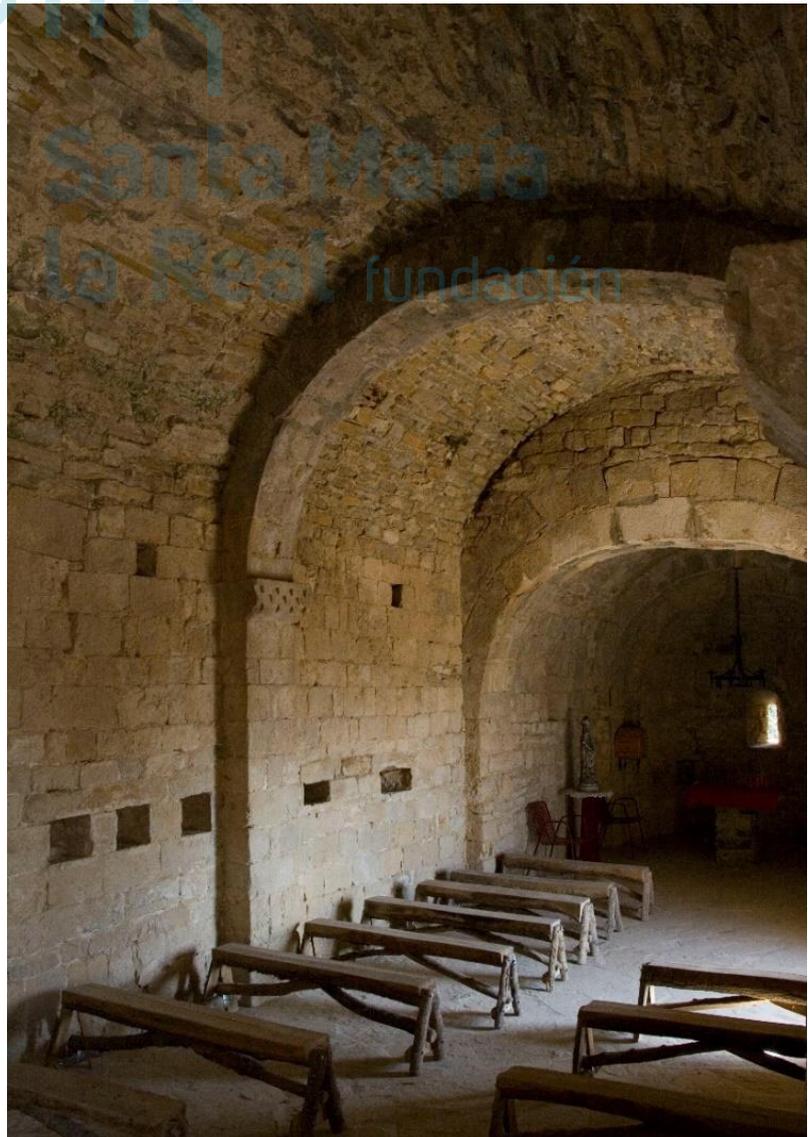
La parte más antigua conserva tres ventanas originales, la central del ábside que es de medio punto y de doble derrame, y las de los muros norte y sur, que son similares pero en ambas se utiliza un arco monolítico. En la fachada oeste se abre una ventana cruciforme. Los paramentos exteriores del edificio, que carecen de cualquier tipo de ornamentación, se componen de un aparejo bien tallado dispuesto ordenadamente en hiladas horizontales, siendo los de la zona más reciente los mejor escuadrados.

En el amplio interior del templo se aprecian también las dos fases constructivas comentadas, sobre todo en la diferente altura de las bóvedas y en la presencia, en la segunda fase, de arcos fajones apoyados en pilastras rematadas en impostas decoradas con motivos geométricos formados por un ajedrezado y una saga. El ábside, más estrecho que la nave, está precedido de un arco presbiteral. En los paramentos interiores, se distribuyen alineados a 1 m del suelo, una serie de nichos de función desconocida.

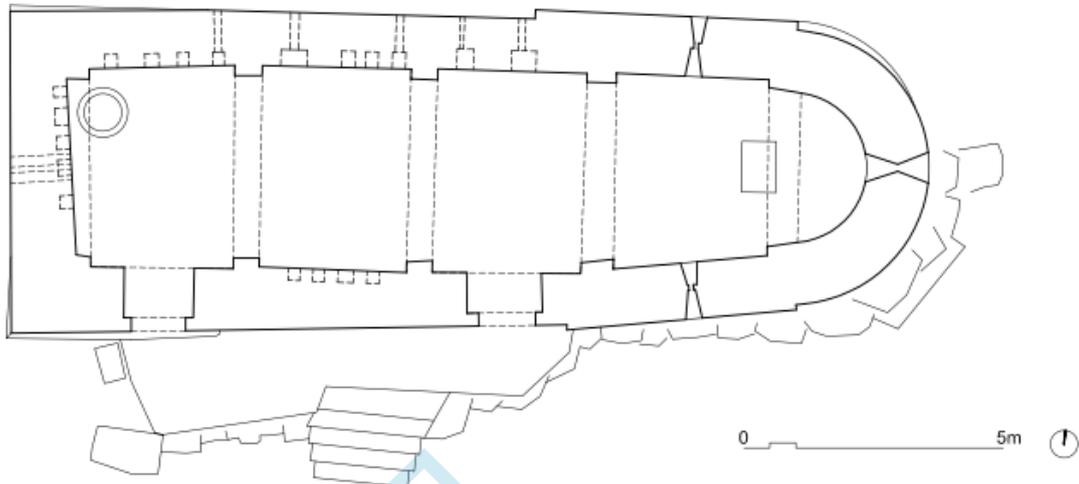
El edificio fue construido aproximadamente a finales del siglo XI o principios del XII, mientras que la ampliación se llevó a cabo seguramente en pleno siglo XII.



Fachada oeste

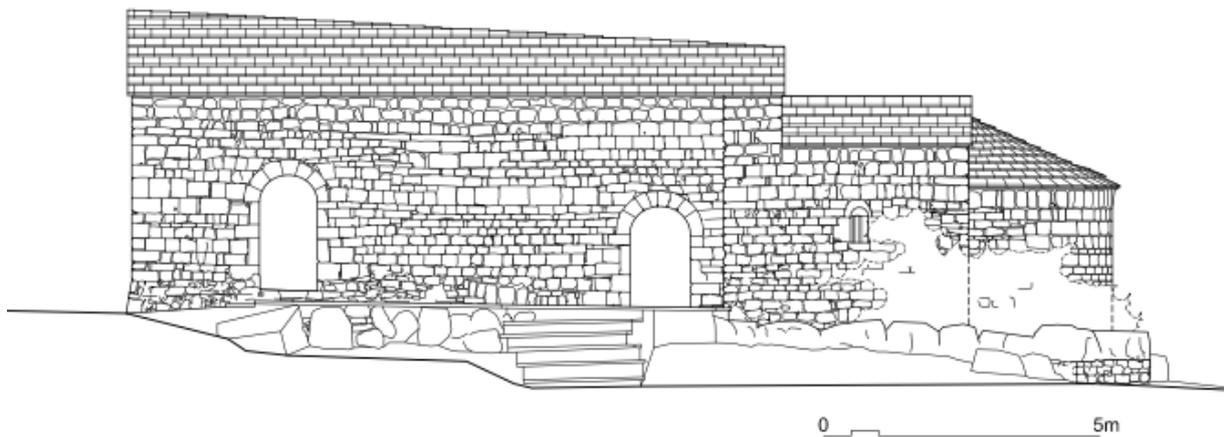


Vista del interior

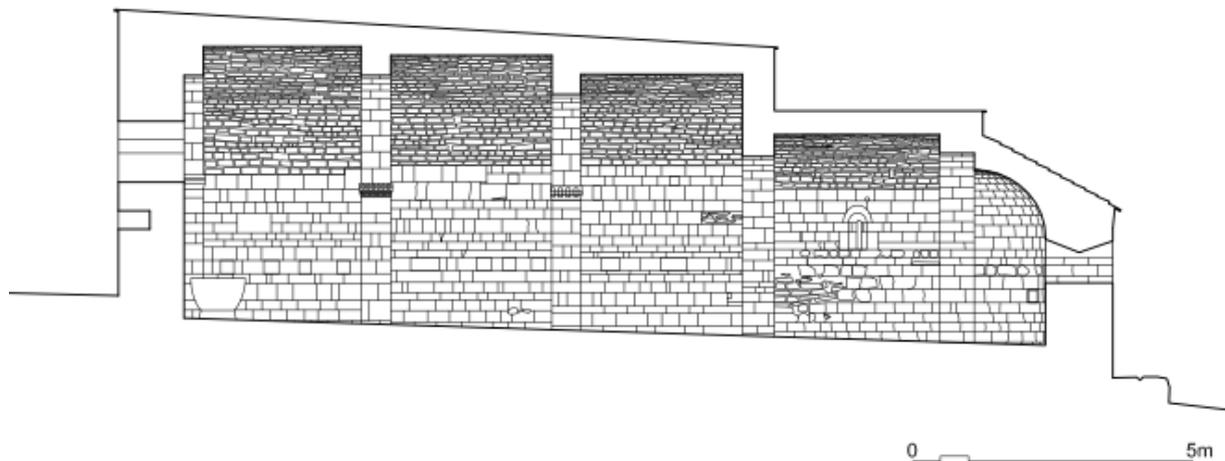


Planta

Santa María
la Real fundación



Alzado sur



Sección longitudinal

TRES IMÁGENES EN MADERA

En el Museu Diocesà i Comarcal de Lleida se conservan tres tallas, de factura bastante tosca, que podrían proceder de este templo y que se datan en el siglo XIII. Se encuentran muy fragmentadas y prácticamente sin policromía. Afortunadamente en el Arxiu Mas se conservan unas fotografías de 1918 que han permitido identificar la procedencia de estas piezas, así como realizar un estudio más detallado de las mismas, dado que muestran las imágenes en su integridad y en un mejor estado de conservación. Son unas figuras talladas en madera y originariamente policromadas que medían aproximadamente unos 70 cm de altura y tenían una base de unos 12 x 7 cm. Por sus características estilísticas, sus posturas y la profundidad de sus anclajes posteriores, se piensa que formaron parte de un mismo grupo escultórico, de un sepulcro según Armengol, o más probablemente, de un antependio o de un retablo en el que pudieron representarse diferentes pasajes del Nuevo Testamento, según otros especialistas.

La primera talla es una figura femenina, identificada con la Virgen, de la que tan sólo se conserva el busto parcialmente policromado. Iba vestida con una larga túnica y sobre ella un velo que le cubre la cabeza y enmarca su cara. Por su gestualidad –muestra la palma de la mano derecha a la altura del pecho, mientras que mantiene la izquierda sobre el vientre–, se ha identificado con la imagen de María en el momento de la Anunciación. Su rostro es redondeado, sus labios finos y bien marcados y sus ojos, grandes y perfilados, muestran una mirada perdida. La cabeza aparece girada hacia la izquierda con respecto al eje del cuerpo, al igual que sucede con las otras dos figuras.

Para Armengol, el personaje representado en la segunda talla, que porta una filacteria con la palabra IOSEP, sería José de Arimatea, personaje que suele aparecer en la Crucifixión. Sin embargo, también podría tratarse de san José o, incluso, si se considera la incierta datación de la inscripción, podría representar a uno de los Reyes Magos en la Epifanía. Hoy en día la talla está muy maltrecha y prácticamente no se distinguen sus rasgos faciales. Por fortuna, en la imagen del Arxiu Mas se aprecia que vestía una larga túnica y un manto que le llegaba a los pies, lucía una larga barba, cubría su cabeza con una especie de casquete semiesférico, y en la mano derecha sostenía algún objeto alargado, probablemente una vara o bastón.

La última talla es algo más pequeña porque le falta la peana. Representa a un hombre con el mismo tipo de casquete en la cabeza que la anterior, que va igualmente cubierto con túnica y manto hasta los pies y que sujeta un objeto alargado. Aunque fue identificada inexplicablemente con la Magdalena es muy posible que represente, por su tipología y su actitud en posición de ofrenda, a otro de los Reyes Magos de la Epifanía.

Las características estilísticas de las tallas de Sant Jaume de Cas las acercan a obras como las vírgenes de Covet, del Puig de Meià, de Pinyana o de Erillcastell. Muy posiblemente el mueble litúrgico del que formaron parte pudo ser similar al tabernáculo procedente de Sant Martí de Sarroca, conservado en el Museu Nacional d'Art de Catalunya.

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS - PLANOS: MARTA BUIRA FERRÈ

Bibliografía

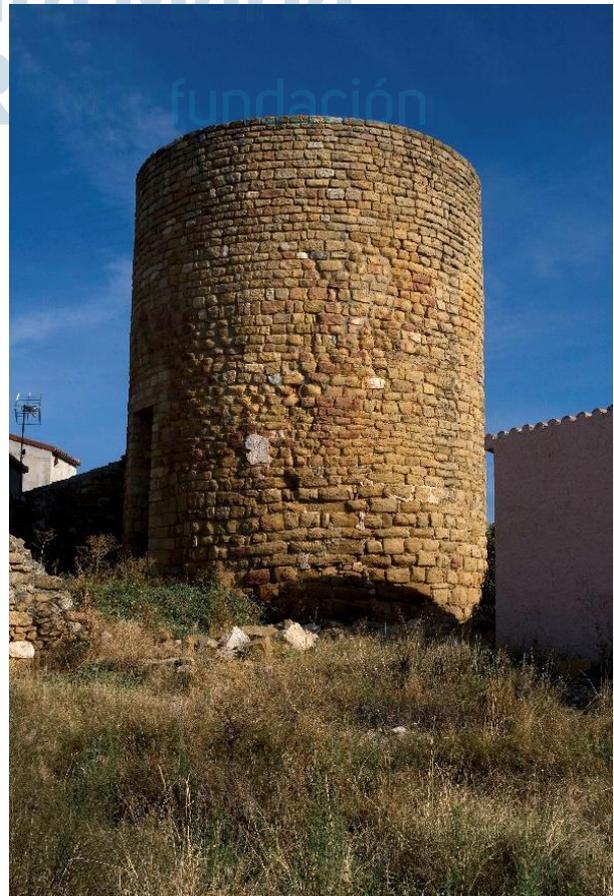
ARMENGOL, P., 1934; AA.VV., 1993, p. 62; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 155-157; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, pp. 148, 150, 267, 297-298 y 390; FITÉ I LLEVOT, F., 1986A, pp. 292-314; SANAHUJA VALLVERDÚ, P., 1961, pp. 169-171 y 328-329; VIDAL SANVICENS, M. Y LÓPEZ I VILASECA, M., 1984, pp. 389-391.

Torre de Fontdepou

A POCOS KILÓMETROS DE ÀGER, y cerca de la carretera C-12 que se dirige a Balaguer, está el pequeño pueblo de Fontdepou, en lo alto del cual hay una torre románica a la que se llega fácilmente.

Desde 1066 se tienen noticias del lugar de Fontdepou, que estaba integrado en el término controlado por el castillo de Àger. Se habla de unas posesiones en *ipsa font* cuando Arnau Mir de Tost dona la cuadra de Montesquiu, en el término del castillo de Cas, a Galceran Erimany. En 1072 y en 1196, vuelve a citarse el lugar pero ya con el nombre de Fontdepou que ha pervivido hasta la actualidad.

Es una sencilla torre de vigilancia de planta circular, con unos 3,5 m de diámetro en su interior, unos muros de casi 1,5 m de grosor y una altura original de unos 10 m, aunque antes de la restauración tan sólo alcanzaba los 6 m. El aparejo está formado por sillares medianos, ligeramente alargados, poco trabajados pero bien escuadrados y dispuestos ordenadamente en hiladas horizontales. De la misma manera que sucede en la torre del castillo de Cas, la zona baja del muro, que da a la calle principal del pueblo, presenta una piedra bastante más grande y cuadrangular. El interior estaba dividido en al menos dos niveles.



Vista exterior de la torre

El espacio inferior, de casi 4 m de alto, está cubierto con una falsa cúpula, en la que hay una pequeña abertura triangular. Por su parte, un segundo nivel, del que sólo se conoce su arranque, era el piso principal, y en él se debió abrir, a más de 5 m del suelo, la puerta de acceso y seguramente algunas ventanas aspilleras. Los dos pisos conectaban a través de una portezuela y seguramente el espacio inferior sirvió como almacén de alimentos, herramientas o incluso como cisterna tal y como sucede en la torre de Almenara de la comarca del Urgell.

La torre, restaurada en los años ochenta del siglo XX, debió formar parte del sistema defensivo del castillo de Àger, que se extendía por todo el valle, por lo que los especialistas coinciden en datarla en la primera mitad del siglo XI, y no dudan en relacionarla, por sus similitudes en la organización interna o en la factura, con la torre del cercano castillo de Cas.

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BURON I LLORENS, V., 1989, p. 210; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 144-145; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, p. 251; FITÉ I LLEVOT, F., 1988, p. 210; FITÉ I LLEVOT, F., 1993, pp. 72 Y 74.

Iglesia de Sant Josep de Fontdepou (antes Sant Macari)

EN EL PEQUEÑO PUEBLO DE FONTDEPOU, a escasos kilómetros de Àger, se encuentra la iglesia de Sant Josep, un templo antiguamente dedicado a san Macario, que en el siglo XIX sufrió profundas transformaciones que cambiaron por completo su fisonomía e incluso su advocación.

No se han encontrado documentos medievales que hablen de esa iglesia, aunque desde el año 1066 se tienen noticias del lugar de Fontdepou por medio de la donación que Arnau Mir de Tost hizo a Galceran Erimany de la cuadra de Montesquiu, en el término del castillo de Cas, en la que existían unas propiedades en *ipsa font*. En ese momento el término ya aparece integrado en la jurisdicción del castillo de Àger y la iglesia, aunque no se conservan documentos, se sabe que perteneció desde muy pronto a su abadía.

Originariamente fue un sencillo edificio de una sola nave que tenía ábside y bóveda de cañón. En las reformas del siglo XIX se alargó la nave hacia el Este, se eliminó el ábside originario y se cambió la orientación de la iglesia. En la nueva fachada se abrió un nuevo acceso para que así, desde entonces el templo mirara hacia el pueblo. Actualmente no se conservan nada más que algunas hiladas originales en la parte baja de los muros norte y oeste. El aparejo que se observa está formado por sillares alargados, bastante regulares y dispuestos horizontalmente. En el muro de poniente aún pueden adivinarse otras partes del edificio original, como las jambas de la puerta, construidas con una piedra muy tosca, o incluso la cicatriz dejada en el lado septentrional por la esquina que conformaban las paredes norte y este en el edificio románico. El interior es un espacio en el que se hace difícil encontrar algún elemento que recuerde el origen medieval del edificio. El análisis de los pocos restos existentes los acerca a las soluciones de finales del siglo XI y principios del XII.



Vista exterior de los muros norte y este

TEXTO Y FOTOS JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 144-145; SANAHUJA VALLVERDÚ, P., 1961, pp.170-171 Y 222;

Casa fuerte del Mas del Rei

A MEDIO CAMINO ENTRE ÀGER Y BALAGUER, por la carretera C-12 que une ambas poblaciones, arranca un desvío hacia Tartareu. A unos pocos metros y a mano derecha hay otro camino que se dirige a los Masos de Millà y que en unos 2 km llega hasta donde se encuentra, en lo alto de una loma, el Mas del Rei, la masía en la que se transformó la casa fuerte que hoy en día lleva su nombre y que está dentro de la antigua cuadra de Vilamajor.

Esta casa fuerte o pequeño castillo no aparece citada directamente en los documentos medievales conservados, aunque ya desde el año 1067 se tienen noticias del lugar, *aladium Ville Maioris*, citada en la donación realizada por Arnau Mir de Tost y su esposa a la abadía de Sant Pere de Àger, la cual volvieron a reiterar el año siguiente. Posiblemente el enclave tiene un origen muy antiguo, ya que el topónimo *Vilamajor* podría hacer referencia a la existencia de una antigua villa romana situada en ese lugar, posibilidad que se confirma con la distribución de los cultivos adyacentes en pequeños campos que forman bancales, característica propia de aquellas villas. Al mismo tiempo el uso del apelativo *cuadra*, que hace referencia a un área fronteriza, deja claro que el territorio, bajo el poder musulmán durante algún tiempo, fue conquistado poco antes y se convirtió en un lugar propenso a posibles ataques, por lo que los edificios en forma de fortaleza se hicieron muy comunes. Durante el siglo XII otros muchos documentos siguen aludiendo a Vilamajor y su relación con la abadía de Àger, pero sin referirse directamente a su fortaleza.

Originariamente tenía una planta casi cuadrada de 11,5 m por 10,5 m. Sus muros presentaban un grosor de 80 cm y en ellos se utilizó la piedra calcárea local, bien trabajada en forma de sillares bastante grandes, correctamente escuadrados y dispuestos ordenadamente en hileras horizontales. No se sabe exactamente cuál fue su altura pero se cree que pudo tener unos 10 o 12 m, ya que tuvo por lo menos tres pisos, tal y

como se puede deducir de las numerosas ventanas que se distribuyen en varios niveles por todas las fachadas excepto la de poniente. Las aspilleras son alargadas y muy estrechas, y están construidas de manera muy simple con dos sillares colocados verticalmente muy cerca uno del otro. Actualmente, la estructura medieval aparece totalmente integrada en la nueva construcción que ha acabado por modificarla adosando nuevas estancias a sus muros y aunque a primera vista no se aprecien todas sus características medievales la casa fuerte ha sido datada en torno al siglo XIII.



Vista exterior de la esquina noreste

la Real fundación

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, p. 145; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, p. 171, 216 Y 267; SANAHUJA VALLVERDÚ, P., 1961, pp. 337-338, pp. 352-353; VIDAL SANVICENS, M. Y LÓPEZ I VILASECA, M., 1984, p. 396.

Torre o castillo dels Masos de Millà (o Torre dels Moros)

DESDE LA CARRETERA C-12, de Àger a Balaguer, un desvío que lleva a Tartareu se adentra en el valle de Alberola y las montañas de Millà. Tras cruzar el pequeño pueblo de Vilamajor y continuar unos 6 km, aparece els Masos de Millà, desde donde sale una vía a la izquierda hacia el mas d'Andal. La torre románica aparece en lo alto de una pequeña loma a la que se llega andando campo a través.

No existen documentos medievales que se refieran a esta torre, aunque se supone que formó parte de la red de fortificaciones defensivas existentes en el área fronteriza junto al cercano castillo de Cas y la torre de Fontdepou. Igualmente parece claro que su origen es musulmán, de ahí su sobrenombre, y que tras su

toma por los cristianos, estos la reaprovecharon y construyeron la parte superior. A su amparo debió existir un pequeño pueblo que acabó dispersándose en masías.

Es una sencilla torre de planta circular de poco más de 2 m de diámetro en su interior, unos anchos muros de 1,6 m y una altura de unos 8 m, aunque originalmente debió tener más de 10 m. Se mantiene en pie casi todo su perímetro, exceptuando el lado meridional. Aunque no quedan rastros de la cubierta, se sabe que tenía dos pisos claramente diferenciados. A unos 4 m de altura, un resalte en el paramento marca el punto donde debía situarse el suelo que separaba el nivel inferior del primer piso, en el que debió situarse la puerta, hoy perdida, así como las tres aspilleras de único derrame que aún se pueden ver. Se aprecian diferencias en la factura y el material utilizado en los dos niveles. Mientras que en el inferior se utilizan sillares medianos, sin trabajar y ligeramente escuadrados, en el superior la piedra es más grande, igualmente escuadrada pero mejor trabajada. Parece ser que a la torre se adosaba una estancia cuadrada o rectangular que habría servido como vivienda. De ella sólo se conservan los restos de un muro de unos 7,5 m de largo y de unos 120 cm de grosor, construido con grandes sillares, que nacía adosado a la torre hacia el Este, y los cimientos de otro, que se desarrollaba hacia el lado opuesto. Se desconoce cómo pudo ser, pero posiblemente se habría parecido a otras conservadas en poblaciones cercanas.

Los especialistas, teniendo en cuenta su origen islámico, han datado, por lo menos el primer piso de la torre, en torno al año 1000, mientras que el segundo nivel correspondería a una cronología algo posterior.



Vista de la torre desde el lado sur

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BURON I LLORENS, V., 1989, pp. 176-177; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 142-144; FITÉ I LLEVOT, F., 1986B, pp. 46-49; FITÉ I LLEVOT, F., 1986C, pp. 119-129; FITÉ I LLEVOT, F., 1993, pp. 63-64; MARTÍNEZ LILLO, S., 1990.

Capilla de la Trinitat de la Régola

EN LAS AFUERAS DE LA RÉGOLA, a unos 500 m de la carretera C-12 que la une con Àger, se encuentra en lo alto de una pequeña colina, la capilla dedicada a la Trinidad. La primera referencia que existe de este edificio aparece en el testamento de Bernat Rossell, en 1270, en el que se realiza una donación de doce dineros al templo. En 1343 vuelve a ser citada en otro testamento, el de Berenguer de Montlleó.

Es un edificio sencillo, compuesto por una sola nave de alargada planta cuadrada y un ábside semicircular ligeramente sobrepasado. La techumbre a dos aguas reaprovecha tejas árabes y está coronada por una espadaña moderna. El interior, la nave está cubierta por una bóveda de cañón. Las profundas reformas tardías alargaron la nave hacia el Oeste, lo que es perceptible sobre todo en el muro norte, en el que una junta delata el lugar donde se encuentra la esquina de la fachada original, y en la puerta de entrada al edificio, que se abre en el moderno muro de poniente. En la esquina suroeste hay un muro de unos 3 m, adosado a la fachada que posee la misma altura de la nave, del cual se sabe poco. Sólo se conserva una de las ventanas originales, la del centro del ábside, de un solo derrame, aunque en el muro sur parecen verse los rastros algo imprecisos de otra. El ábside está recrecido y se cubre, al igual que la nave, a dos aguas. En los muros se utiliza sillarejo, aunque gran parte del templo, tanto exterior como interiormente, está recubierto con revoco. El interior, muy modificado, es un espacio muy sobrio y sencillo en el que destaca la existencia de un banco corrido a ambos lados de la nave que llega hasta la cabecera, donde un arco presbiteral de medio punto da paso al ábside, que se cubre con la misma bóveda de cañón de la nave.

En cuanto a la datación de la iglesia, se barajan fechas que van desde principios del siglo XI a mediados del siglo XII.



Vista exterior
desde el norte

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 141-142; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, p. 391.

Capilla de Santa Eugènia de la Règola

A LA RÉGOLA SE LLEGA EN POCOS MINUTOS por la carretera C-12 que va de Àger a Tremp. En lo más alto de la sierra que domina el pequeño pueblo se encuentra la capilla dedicada a santa Eugenia, accesible desde el municipio, andando o en todoterreno, por un camino de tierra que se toma unos kilómetros antes de llegar a la Règola, a la altura de un puente. Existen varios documentos que citan de manera indirecta a Santa Eugènia de la Règola. Así, la primera mención directa

que se ha encontrado data del año 1145, cuando el caballero Pere Exabel dejó en testamento unos olivos situados cerca de dicha iglesia. Posteriormente, vuelve a aparecer en el testamento de Berenguer de Montlleó, fechado en 1343, que la nombra sin referirse al edificio en concreto. Desde que en el pueblo se construyó la iglesia parroquial de Sant Julià, Santa Eugènia pasó a ser una capilla o ermita dependiente de ella.



Vista exterior desde el sur

Se trata de un edificio pequeño y muy sencillo, formado por una sola nave cubierta con una bóveda de cañón simple, y techada a dos aguas con tejas árabes, y un ábside semicircular liso, cubierto con bóveda de cuarto de esfera y en cuyo centro se abre una pequeña ventana rectangular de derrame simple. Sus muros son lisos y bastante anchos, y están contruidos con mampostería de tamaño y disposición irregular. En el paramento sur hay una pequeña ventana de similares características que la del ábside. La puerta, que está muy reformada, se encuentra en la fachada oeste y da acceso a un espacio interior reducido y oscuro. Aunque los muros siguen estando huérfanos de cualquier tipo de decoración, pueden apreciarse unos nichos rectangulares de diferente medida y profundidad que aparecen alineados a lo largo de las dos paredes laterales. El estado de la capilla es bueno, ya que fue restaurada en la década de 1990, momento en el que se volvió a recuperar la tradicional romería que desde entonces vuelve a tener lugar cada mes de septiembre.

Considerando sus características constructivas, los especialistas no han podido datarla con exactitud, ya que podría tratarse tanto de una obra arcaica de inicios del siglo XI como de una obra del siglo XII con una factura rústica.

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, p. 141; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, pp. 390-391; VIDAL SANVICENS, M. Y LÓPEZ I VILASECA, M., 1984, p. 407.

Iglesia de la Mare de Déu de Pedra

Cerca de ÀGER, en una peña del Montsec que se asoma al pueblo desde el Norte, se halla el moderno santuario de la Mare de Déu de Pedra, adosado a la primitiva iglesia románica que le da nombre. Se llega por una pista que sube al coll de Ares y que se desvía hacia el santuario por un camino que aparece a la altura de la masía Masierol. La primera referencia documental de la iglesia de Santa Maria de Pedra es tardía, del año 1179, aunque las noticias del lugar y del castillo de Pedra existen ya desde 1042. Se sabe que fue una capilla castral, que posiblemente también fue iglesia parroquial, o al menos tuvo derecho de sepultura, ya que se la relaciona con la cercana necrópolis de la torre del Negre, y es seguro que desde el siglo XIII se convirtió en ermita dependiente de la parroquia de Sant Vicenç de Àger. De dicha centuria, y de la siguiente, datan buena parte de las referencias documentales existentes, que en su mayoría son donaciones testamentarias. En el siglo XV ya se había convertido en uno de los centros marianos más importantes del valle de Àger. Durante los siglos XVII y XVIII se construyó el gran edificio actual, y el primitivo templo acabó convertido en una estancia más. Ésta quedó tapiada y abandonada durante bastante tiempo debido a un desprendimiento que hundió la bóveda y parte de su acceso.



Vista general

La iglesia era un pequeño edificio románico que hoy en día está muy modificado por las reformas posteriores. Tiene cabecera plana y una sola nave algo irregular, de unos 10 m. Está techada a dos aguas y cubierta con una bóveda de cañón. Su anchura es de poco más de 3 m y sus muros tienen un grosor de algo más de 1 m y en ellos no se conserva ninguno de los vanos originales. Se han diferenciado dos fases constructivas, pero muy cercanas en el tiempo. Mientras que en la mayoría del templo se utilizan sillares bastante regulares, poco trabajados y dispuestos en hiladas más o menos horizontales, en la zona de la cabecera se aprecia un material de factura mucho más fina, con sillares regulares, bien trabajados y escuadrados y dispuestos y unidos perfectamente. El interior es un espacio reducido, oscuro y unitario.

La estructura de la nave muestra la irregularidad de la planta que se adapta al terreno, y delata los dos momentos constructivos comentados. Los dos arcos fajones, sustentados por tres estrechas pilastras, posiblemente son obra del siglo XII, al igual que la actual cabecera, que sustituyó a otra anterior, cuyas

características se ignoran. Unas hornacinas, con forma rectangular y triangular, fueron abiertas también con posterioridad en el muro norte, y seguramente fueron utilizadas como lugar donde depositar las ofrendas.

La iglesia se levantó en el siglo XI aunque algunas partes fueron rehechas muy posiblemente en el siglo XII.

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 153-154; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, pp. 385-393; SANAHUJA VALLVERDÚ, P., 1961, pp. 258-265 Y 319-321.

Casa fuerte de les Conclues (o de la Portaclusa)

LA CASA FUERTE ESTÁ CERCA DE CORÇÀ, en lo alto de una montaña situada frente al desfiladero de las Conclues y sobre el pantano de Canelles. Desde el pueblo sale una pista de tierra en mal estado hacia la partida de las Tinyosas y al barranco Gros. Ahí se debe dejar el coche y andar dificultosamente por un sendero que en unos cuarenta y cinco minutos llega hasta el edificio.

No existen referencias documentales sobre la casa fuerte de les Conclues aunque por su situación y las similitudes del nombre se la ha asociado con las noticias existentes sobre la cueva de la Portaclusa, que es citada en 1043 cuando Arnau Mir de Tost y su esposa la donaron a Geral Boone a quien nombraron único señor. Un siglo más tarde, en 1148, vuelve a hacerse mención a Portaclusa en un litigio entre el abad del monasterio de Sant Pere de Àger, al que pertenecía, y Ramon de Sant Llorenç, aunque sigue sin citarse ninguna construcción en ese lugar.

Es un edificio de planta rectangular de unos 10 m de largo por 5 de ancho, con unos sólidos muros que superan el metro de grosor y que están contruidos con sillares medianos, algo irregulares, sin pulir, bastante bien escuadrados, correctamente dispuestos y unidos con mortero. Actualmente, su estado de conservación es bastante lamentable, y la altura máxima que alcanza su pared más elevada es de 6 m. La cubierta de la casa está totalmente perdida. Tenía como mínimo una ventana en su muro norte y se accedía al interior por el lado sur a través de una puerta de arco de medio punto contruido con cuatro grandes sillares que actualmente se encuentra en muy mal estado. En el interior la casa presentaba dos niveles, hoy en día perdidos; el inferior, por el que se entraba y en el que había unas ménsulas a cada lado sobre las que se colocaban las vigas de madera que sostenían el techo, y el piso principal, que se cubría con un tejado sustentado sobre tres grandes arcos diafragma que arrancaban de sendas pilastras que se apoyaban en las ménsulas del piso de abajo. Estos arcos, de los que sólo queda en pie el central, compartimentaban la estancia en cuatro tramos cuyas dimensiones oscilaban entre 1,80 y 2,25 m.

Presenta importantes similitudes tipológicas y formales con la cercana casa fuerte de Vallfarines, con la de Santa Creu de Folquer o con el castillo de Llobera, por lo que, al igual que estos ejemplos, es posible que perteneciera a algún miembro de la nobleza local. Aún así, y a diferencia de muchas otras fortalezas que aparecieron en el contexto de la Reconquista como importantes elementos defensivos, parece ser que ésta es posterior ya que sus características constructivas la acercan a una época algo más tardía en la que la posibilidad de ataques musulmanes era mucho menor. Por ello ha sido datada, aproximadamente, entre el siglo XII y XIII, aunque siguió siendo un importante enclave estratégico en el término del castillo de Sant Llorenç, junto con el castillo de la Pertusa o el castillo de Fet.



Vista del interior

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BURON I LLORENS, V., 1989, p. 179; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, p. 152; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, p. 167; SANAHUJA VALLVERDÚ, P., 1961, p.133; VIDAL SANVICENS, M. Y LÓPEZ I VILASECA, M., 1984, p. 395.

Castillo de Claramunt

LOS RESTOS DEL CASTILLO DE CLARAMUNT se encuentran en el lado más occidental del valle de Àger, en lo alto de una peña de la sierra del Montsec. Están muy cerca del municipio de Corçà, desde donde sale una pista de tierra que sube hasta el antiguo poblado medieval de Claramunt, hoy en ruinas, que está justo a los pies de la fortaleza. En 1042 se documenta por primera vez el lugar de Claramunt y su castillo cuando Arnau Mir de Tost y su mujer Arsenda conceden a los señores de Pedra, Exabel y Garoca, la carta de franqueza de todas sus posesiones en el término del castillo de Àger, entre las que estaban las del *castro de Clarmont*. Vuelve a mencionarse indirectamente en las actas de venta del castillo de Sant Llorenç del Montsec de 1044 y 1046 y en las donaciones realizadas por los mismos a la canónica de Sant Pere de Àger en 1065. Ya a finales del siglo XII aparece en una disputa mantenida entre Ramon de Claramunt, el señor del castillo, y el abad de Àger.

El castillo de Claramunt era una fortaleza que tenía una torre de planta básicamente cuadrangular, bastante estrecha, y un recinto amurallado que no protegía al pueblo, pues éste quedaba fuera. De la torre sólo se conservan partes del muro norte y este, que tienen unos 80 cm de grosor y una altura aproximada 4 m, aunque pudieron ser algo más altos. Los muros desaparecidos eran 5 cm más estrechos y, como sucede en el castillo de la Pertusa, se combinan las paredes rectas con las curvas tal y como se aprecia en el ángulo noroeste y en la parte superior del muro noreste. Posiblemente se edificó en dos fases distintas, una primera en la que se construyó el muro norte y el oeste, y una segunda en la que se levantaron los dos restantes. Aún así, los muros son bastante homogéneos y todos fueron construidos con una piedra mediana, bien escuadrada, pero poco trabajada, dispuesta horizontalmente y unida con mortero de cal. La puerta de la torre estaba en el muro este, a unos 2 m del suelo, y de ella aún se puede

ver parte de su montante. Hacia el Este existía un paso de entrada entre las rocas y se levantaba un recinto amurallado del que quedan unas pocas hiladas inconexas de más de 1 m de grosor y muchas piedras dispersas entre la maleza, ya que la muralla seguía el perfil de la roca escarpada.

En el contexto de la Reconquista, el castillo de Claramunt debió de ser una pieza más del sistema defensivo establecido en el valle de Àger. Según los documentos citados, su tipología constructiva y sus muchas similitudes con el cercano castillo de la Pertusa, ha sido datado en la primera mitad del siglo XI.



Vista desde el lado norte

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BURON I LLORENS, V., 1989, pp. 172-174; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 152-153; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, p. 255; SANAHUJA VALLVERDÚ, P., 1961, DOC. 7, pp. 319-321, DOC. 11, p. 323 Y DOC. 14, pp. 325-327.

Castillo de Corçà

CORÇÀ ES UN PEQUEÑO PUEBLO situado a 2 km de Àger, en un desvío de la carretera que va a Balaguer, muy cerca del valle del Noguera Ribagorçana. Su castillo se sitúa en lo alto de un cerro Crocoso desde el cual dominaba la población y sus inmediaciones, aunque hoy en día la fortaleza prácticamente no es visible, pues quedan pocos vestigios.

El primer documento que cita la población de Corçà es el acta de consagración de la iglesia de Sant Salvador de Àger de 1048, en la que Guillem Mudarrafa realiza una dotación de tierras situadas en *Curciano*. En 1057, en el acta de investidura de Guillem Ramon como abad de Àger, Arnau Mir de Tost y su esposa Arsenda le conceden el dominio señorial del *castro de Chorzano*, los derechos del cual cederá meses más tarde a favor de Atinard Miró. La documentación del siglo XII sigue en la misma línea y refleja como el castillo va pasando de unas manos a otras sin ofrecer mucha más información.

No se sabe qué apariencia pudo tener el castillo de Corçà, pues sólo se han conservado restos arqueológicos, que no han sido estudiados en profundidad, y parte de uno de sus muros. Está claro que era bastante grande, pues su perímetro tenía unos 37,5 m de largo por una anchura que oscilaba de los 10 a los 15 m. De sus muros prácticamente no queda nada, simplemente algunas hiladas de piedras en el lado meridional del montículo que trazaban su perfil, el cual no era totalmente recto, ya que hay algunos tramos curvos para adaptarse al terreno.



Vista del muro desde el lado este

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, p. 142; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, pp. 149 Y 257; SANAHUJA VALLVERDÚ, P., 1961, pp. 334-335.

Castillo de la Pertusa

EN EL EXTREMO OESTE DEL VALLE DE ÀGER, por donde discurría el río Noguera Ribagorzana, hoy transformado en el embalse de Canelles, y justo cuando se levantan los impresionantes acantilados de Mont-rebei, en un desfiladero que se conoce como el *portell* de la Pertusa, se emplazan en un pico imposible, a un lado el castillo y al otro la capilla de la Mare de Déu. Desde Corçà, el pequeño pueblo situado a 2 km de Àger y al que se accede desde un desvío que hay en la carretera C-12 que va a Balaguer, se llega fácilmente por una pista de tierra que en pocos kilómetros salva gran parte del desnivel.

Se debe dejar el coche en una explanada y continuar a pie unos minutos por un estrecho sendero que discurre hacia la cresta. Una vez arriba, se debe coger un sendero que bordea peligrosamente el risco hasta la fortaleza. El paraje y sus vistas son absolutamente espectaculares y desde las alturas el castillo debió dominar la entrada y la salida del valle y el curso del río.

Del topónimo *Pertusa* no se tienen noticias hasta bien entrado el siglo XII, cuando se empezó a utilizar como sustituto de la *Espadella*. Por ello se cree que las referencias que se hacen al lugar habitado de *rupem Espatellam*, cuando se habla del término de Corçà, se refieren a la actual Pertusa. El primer documento que cita el castillo y la iglesia que había en la Espadella, data de 1060 y corresponde a la concesión de estos por parte de Arnau Mir de Tost y su mujer Arsenda a la abadía de Sant Pere de Àger. Formaba parte del sistema defensivo existente en el valle, en el contexto de reconquista y, según se dice, era el primer emplazamiento defensivo para el castillo de Sant Llorenç del Montsec.

Se trataba de una fortaleza sólida e infranqueable de la que quedan escasos vestigios, tan sólo unos muros que debieron ser, por lo menos, el doble de altos. Situado en un terreno muy abrupto y de difícil acceso, necesitó adaptarse a la irregularidad de la roca, la cual condicionó su forma. Aún así, su planta es esencialmente cuadrangular, de unos 5 m de lado, aunque sus muros, de 1 m de grosor, no siempre tienen una forma rectilínea. Mientras sus muros oeste, que está adosado a la roca, y norte son rectos, los de las zonas sur y este, que se asoman al acantilado, son algo más redondeados. Todos están contruidos con sillarejo pequeño, bastante irregular, dispuesto horizontalmente y unido con mortero de cal. Actualmente, la pared más alta, la de levante, mide unos 4 m. En la misma hubo una aspillera estrecha y alargada. El interior está lleno de escombros procedentes de los propios muros derruidos, pero posiblemente, al igual que muchas torres de vigía de los alrededores, tuvo varios niveles habitables. De acuerdo con los escasos documentos conservados y la tipología constructiva, el castillo ha sido datado a principios del siglo XI.



Vista general del castillo y de la iglesia de Mare de Déu de la Pertusa



Muro este

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 150-151; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, pp. 150-257; FITÉ I LLEVOT, F., 1993, p. 26.

Capilla de la Mare de Déu de la Pertusa

LA CAPILLA DE LA MARE DE DÉU se encuentra junto al castillo de la Pertusa, en lo alto de un peñasco. En 1162, en la bula librada a la abadía por el papa Alejandro III, en la que figuran sus posesiones y jurisdicciones, se cita el templo ya como la iglesia de la Pertusa. Es documentada nuevamente en 1209 en el testamento de Guillem de Montfalcó. Durante mucho tiempo ostentó la categoría de parroquial, hasta que en fecha indeterminada quedó finalmente relegada a capilla de Corçà.

La iglesia se alza sobre un gran zócalo construido con sillares medianos algo irregulares y bastante toscos, que nivela el terreno y funciona como sólida base del edificio. Está encajada en la roca, lo que condiciona su dibujo en planta, que no es del todo regular y adopta una forma ligeramente trapezoidal. Igualmente, lo abrupto del terreno dificultaba su acceso, lo que obligó a situar la puerta, a la que se llega por una escalinata excavada en la misma roca, inusualmente en el lado norte. Es una iglesia pequeña y sencilla, formada por una sola nave cubierta por una bóveda de cañón ligeramente ultrapasada y un ábside semicircular liso. Está techada a dos aguas con losas, tiene tres ventanas y unos muros sólidos y gruesos que delatan, por lo menos, dos fases constructivas distintas, una primera del siglo XI y otra del siglo XII que reformó algunas zonas originales. El cuerpo de la nave, que corresponde a la primera fase, presenta una factura y un aparejo bastante rústico. Los sillares utilizados son pequeños e irregulares, sin pulir y dispuestos en hileras que tienden a la horizontalidad. En el muro norte está la puerta, compuesta por un sencillo arco de medio punto de grandes sillares toscamente trabajados. Entre ésta y la cabecera hay una pequeña ventana, de doble derrame y arco de medio punto construido con dovelas de piedra toba y jambas colocadas verticalmente, una de ellas de mármol blanco reaprovechada. En el muro opuesto hay

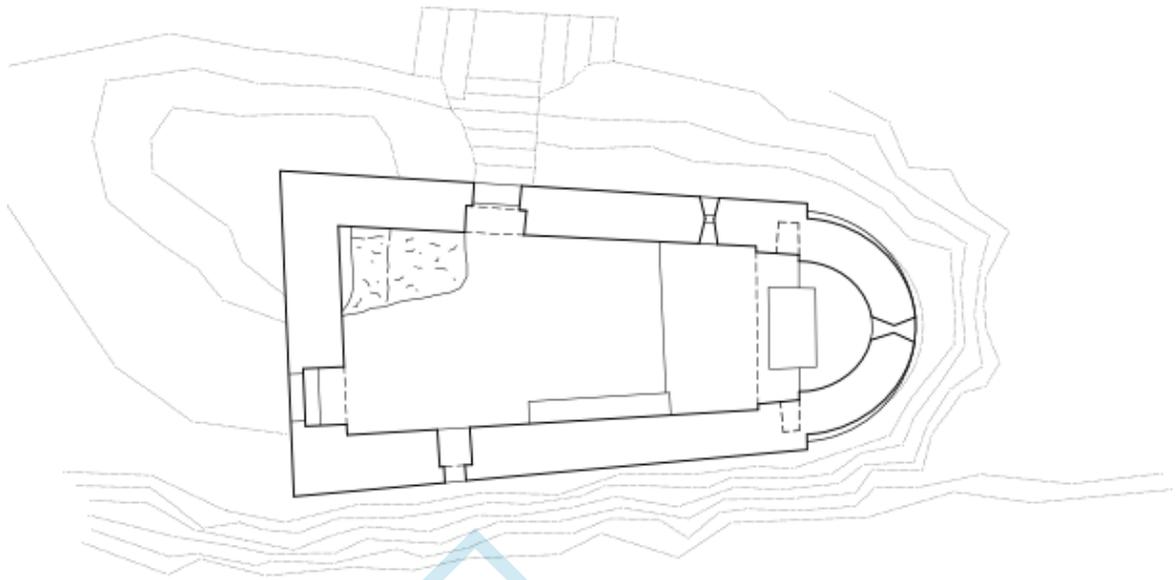
otra ventana totalmente diferente, cuadrada y recta. Además, en el muro de levante existió otra puerta, hoy en día tapiada, pero bien visible tanto desde el exterior como del interior, donde ha quedado un nicho, que debió conectar el templo con algunas dependencias exteriores que en la actualidad están desaparecidas. Gran parte de las zonas altas de la nave fueron reformadas y se realzaron en el mismo momento en el que se sustituyó la cabecera por lo que presentan un aparejo idéntico al de esta.



Vista general desde el este

El ábside se levanta sobre el gran zócalo perfectamente visible que conforma los cimientos del edificio. Originariamente existió otro ábside, del siglo XI, que debió ser reemplazado en el siglo XII por el que existe actualmente. La factura y el material utilizado demuestran claramente las diferentes fases constructivas, el cambio de taller y de técnica respecto a la obra originaria. Así, todo el ábside presenta unos sillares regulares, pulidos, bien escuadrados y dispuestos perfectamente en hileras horizontales y uniformes que contrasta con el material del resto del templo. Posee una pequeña ventana de doble derrame y arco de medio punto monolítico, a la altura de la cual el muro reduce unos centímetros su grosor hasta el tejado, que es algo más bajo que el de la nave, lo que se puede interpretar como otra fase constructiva. Las paredes no poseen decoración alguna, pues son totalmente lisas, y muestran claramente las dos fases constructivas comentadas.

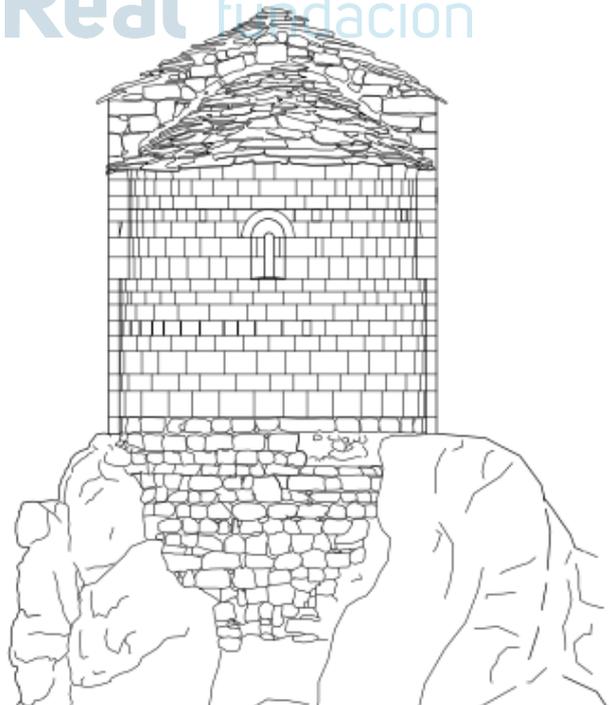
El espacio interior es reducido, está bastante bien iluminado y es unitario. El suelo está desnivelado hacia el lado sur y partes de la roca natural afloran en la zona de los pies. Adosado al muro sur hay un pequeño banco corrido que va desde la mitad de la nave hasta la cabecera. La bóveda de cañón, recubierta de revestimiento y pintura azul, arranca de una imposta biselada que recorre el perímetro de la nave.



0 5m ①

Planta

Santa María la Real fundación



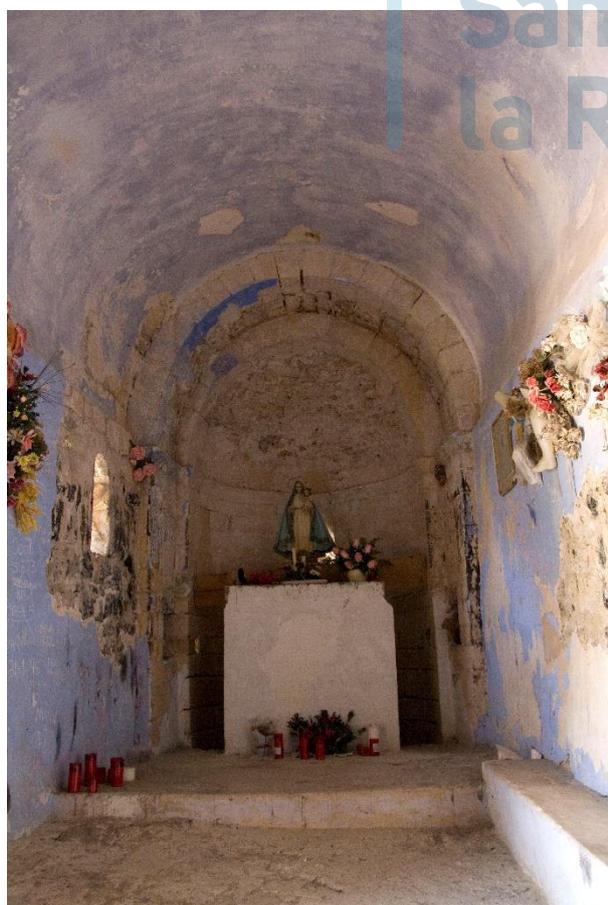
0 5m

Alzado este

El ábside, que está cubierto con una bóveda de cuarto de esfera, se encuentra enmarcado por un arco presbiterial que facilita la transición a la mayor anchura de la nave. Un escalón salva el diferente nivel del suelo de la cabecera. En la cara interior de la ventana norte se ha reutilizado a modo de jamba una pieza esculpida que parece representar la figura de un ángel que posiblemente sostenía un incensario.



Vista exterior del ábside y el muro norte



Interior

Santa María la Real fundación

Bibliografía

CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 151-152; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, pp. 392-393; VIDAL SANVICENS, M. Y LÓPEZ I VILASECA, M., 1984, p. 395.

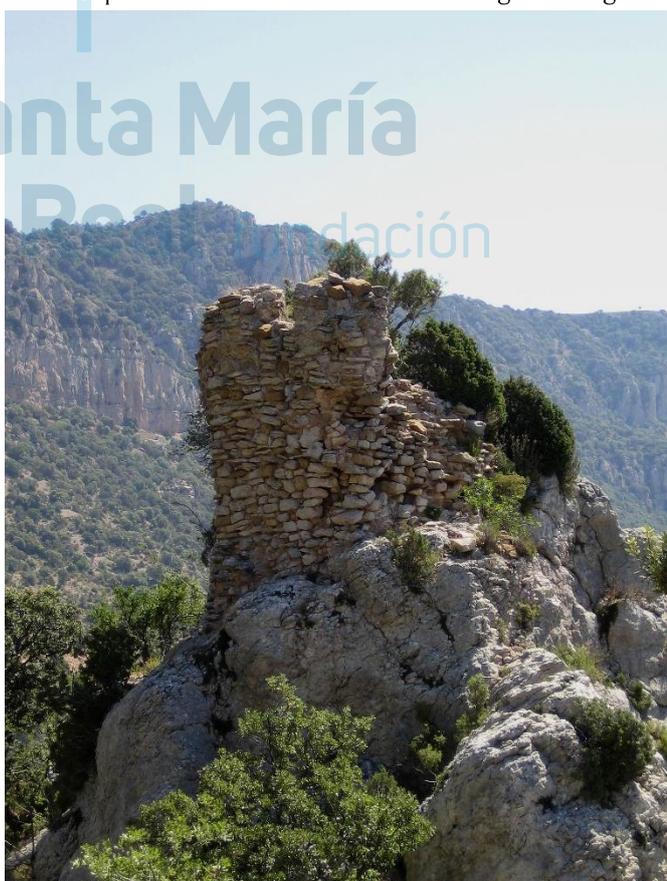
Castillo de Mallabecs

EN LO MÁS ALTO DE UNA ESCARPADA peña que se asoma peligrosamente al valle, a medio camino de la cima del Montsec de Ares, encima del pueblo de la Ametlla, se encuentran los restos del castillo de Mallabecs. Desde Àger al castillo hay unos 8 km, que se salvan por una pista de tierra que aparece a mano derecha cuando se está subiendo al Montsec.

El castillo de Mallabecs únicamente aparece citado, como una de las posesiones del castillo de Àger, en la donación que de éste y su término realizan Arnau Mir de Tost y su mujer en 1068 a la abadía de Sant Pere de Àger.

Es una pequeña y alargada edificación orientada de Este a Oeste. La adaptación a la irregularidad del terreno lleva a que, en lugar de la habitual planta rectangular, adquiriera la forma de un polígono de siete lados. Los extremos más cortos son rectos y no llegan a los 5 m de lado, mientras que los muros laterales, más largos, tienen unos 12 m formados por dos y tres paños rectos, respectivamente. Seguramente debió de tener un único piso, por lo que los muros sólo han perdido unos 2 m de su altura original. El grosor de las paredes es de unos 70 cm, aunque la del lado oeste es el doble de ancha y posee una aspillera de derrame simple, por lo que se supone que era el lado más sólido de la fortaleza que recibiría, en caso de ataque, las primeras investidas, y desde el cual se tenía una mejor visibilidad del terreno. El muro opuesto se ha perdido por completo y se supone que debió de alojar el acceso. El aparejo utilizado es tosco y da pistas sobre su cronología ya que se conforma de piedras irregulares sin trabajar y más bien pequeñas, unidas con mortero de cal en hiladas más o menos horizontales que conservan restos de rebozado, más propias ciertamente de torres circulares que de castillos de este tipo.

Se trata de una construcción bastante antigua, seguramente del siglo X, que debe enmarcarse en el contexto de la Reconquista y relacionarse o bien con un origen musulmán o bien con alguna comunidad cristiana primitiva que pronto pasó a formar parte de la línea defensiva que existió en este lado del Montsec.



Vista de los restos desde el lado norte

Bibliografía

BURON I LLORENS, V., 1989, p. 176; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 159-160; FITÉ I LLEVOT, F., 1993, p. 24.

Castillo de Escumó

LOS RESTOS DEL CASTILLO DE ESCUMÓ se encuentran en lo alto de un pequeño cerro en la cara sur del Montsec de Ares, a medio camino de su cima, y cerca del pueblo de la Ametlla. Desde Àger se debe tomar una pista de tierra que sube al Montsec y que se desvía a la derecha, para llegar a la fortaleza tras recorrer unos 10 km.

Su función fue la de atalaya, pues desde su privilegiada posición se controlaba el curso del Noguera Ribagorzana y se tenía contacto visual con otros puntos fronterizos, como el castillo de Sant Oïisme, que está a sus pies, el de Orença o el de Rúbies, con los que seguramente formó una primera línea defensiva del condado de Pallars antes que el valle fuera reconquistado por los condes de Urgell y Arnau Mir de Tost. El término medieval de Escumó, que originariamente dependió de Mur, y que probablemente fue abandonado entre los siglos XIV y XV, aparece citado por primera vez en 1066, cuando fueron distribuidos los bienes de la abadía de Sant Pere de Àger, entre los que había una masía en ese lugar. Existen muy pocas referencias sobre su castillo, pero ya aparece citado entre las posesiones del castillo de Àger que forman parte de la dotación realizada a la abadía en 1068.

La fortaleza consistía en una torre circular situada al borde del risco en el Norte y un pequeño recinto amurallado de planta cuadrangular en su lado meridional. Actualmente de la torre, que debió alcanzar los 10 m de altura, sólo se conservan unos 4 m del lienzo noreste. En planta tenía unos 2,5 m de diámetro interior y la anchura de sus muros era de casi 1,5 m. El aparejo está formado sillarejo mediano dispuesto de forma bastante regular, si bien, en el paramento exterior se aprecia una cierta diferencia de factura y de material entre las hiladas inferiores y las superiores, mejor definidas y de piedra más amarillenta. No obstante, de ello no parece inferirse la existencia de dos momentos constructivos diferenciados. Su interior estaba dividido en varios niveles. La sala cuadrangular no tenía más de 5 m de lado y su muro perimetral era menos grueso que el de la torre. Su altura debió de rondar también unos 5 m, aunque no se han conservado más que la parte



Vista desde el norte

inferior de los lados norte y oeste. Parece ser que estuvo compartimentada por otra pared de 0,5 m paralela al muro sur de la que sólo se intuye su arranque.

Los especialistas creen que se debió de construir durante la primera mitad del siglo XI, y de manera muy similar al cercano castillo de Sant Oïsmè.

TEXTO Y FOTOS: JUAN ANTONIO CAMPOS

Bibliografía

BURON I LLORENS, V., 1989, p. 174; CATALUNYA ROMÀNICA, 1984-1998, XVII, pp. 158-159; FITÉ I LLEVOT, F., 1985, pp. 259 Y 357; SANAHUJA VALLVERDÚ, P., 1961, DOC. 21, pp. 334-335.

El *Castillo y villa de Montlleó*; y la *Iglesia de Santa Coloma de Ager*, están en proceso de redacción.

Toda la información sobre estos testimonios estará disponible en los próximos meses.

Disculpen las molestias



Santa María
la Real fundación